



ÁFRICA ECUATORIAL.—Caravana de misioneros acampando. (Pág. 483).

Los *Anales de la propagación de la fe* han publicado un cuadro detallado de las diversas Misiones entre las que se han repartido las limosnas recogidas por la *Obra* durante el año 1880.

La cantidad repartida ha sido de 5.909,593 francos 44 céntimos que suma el admirable presupuesto espontáneamente suscrito por la generosidad de los católicos en favor de la *Propagación de la fe*. A continuación del cuadro publican los *Anales* las siguientes reflexiones, que recomendamos á cuantos se interesan por el sostenimiento y prosperidad de las Misiones católicas:

«La nomenclatura que precede encierra, á pesar de su aparente aridez, elocuentes lecciones. Es un testimonio de la vitalidad de la Iglesia, que en todos los siglos necesita apóstoles y siempre los encuentra activos, heroicos, dispuestos á responder á su llamamiento; y bien podemos decir que á pesar de la indiferencia de muchos nunca ha habido época tan ventajosa para las obras apostólicas, y nunca quizás ha mostrado la Iglesia tal fuerza de expansión. Pero todo es poco. Este cuadro nos indica que si bien las sumas de que disponemos son considerables á primera vista, son exiguas cuando se considera la parte que corresponde á las diferentes Misiones. A cada paso pueblos ayer desconocidos reclaman el Evangelio. Si, pues, los recursos no continuaran aumentando, lo que es hoy poco, sería insuficiente mañana.

«Nuestro augusto protector Leon XIII, al anunciar el Jubileo para solicitar las oraciones de los fieles, recomendó de una manera especial las obras apostólicas y sobre todo la *Propagación de la fe*. Además, de todas partes de Europa recibimos consoladoras esperanzas; la América multiplica también por la palabra autorizada de

sus obispos sus testimonios de simpatía, y esos lejanos países predestinados hasta ahora al martirio y que parece no tienen otra cosa que dar más que su sangre, quieren también unir á ella la ofrenda de sus limosnas.

«Seguramente tal caridad no puede menos de agradar á Dios: por ella los caminos ya cubiertos se abren de nuevo y los asilos desiertos se vuelven á poblar. Los países del Norte, que el cisma y la herejía habían arrebatado á la Iglesia, vuelven hacia ella sus miradas; y el ilustrísimo Mermillod daba últimamente la bienvenida á Suecia, á Noruega y á Dinamarca. El Oriente, objeto de las ansias de Leon XIII, ve á los obreros apostólicos multiplicarse, y á sus hijos que se preparan por medio de las escuelas un porvenir fecundo y glorioso. En China, en el Japon, en la Corea y en el Tong-king se derrumban los últimos restos de la barbarie, y la civilización avanza triunfante con la fe. El Africa, en fin, atravesada en todas direcciones por nuestros misioneros, parece oír sonar la hora de la salvación, y á pesar de las tristes pruebas que siempre acompañan á la Iglesia, promete ricas mieses al Evangelio.

«Tran grandes acontecimientos nos permiten apreciar la inmensidad del bien que nuestra *Obra* proporciona á la religión y á la civilización. Gracias á la benevolencia del Padre Santo, esperamos que el árbol plantado hace sesenta años crecerá todavía, y bajo su sombra las aves del cielo, es decir, los apóstoles de la buena nueva, reposarán con seguridad. Dios premiará de este modo la caridad de nuestros bienhechores, tanto más cuanto que verá en sus ofrendas, no el décimo de lo superfluo, sino el de sus propias privaciones. ¿Podrán ellos, por otra parte, retroceder ante cualquier sacrificio cuando saben

que bajo todos los climas los obreros del Evangelio, encanecidos antes de tiempo por el trabajo y los sufrimientos, llevan su ofrenda al altar, y que sus manos, reservadas acaso á los hierros de las prisiones ó á las palmas del martirio, inmolan por ellos la santa Víctima?»

En presencia de esta *Obra* y de sus resultados, muestran los encomiadores de la civilización que siempre tienen en la boca, la imprudente calumnia de que la Iglesia favorece el oscurantismo; presenten las vidas y los millones que ellos sacrifican por llevar la civilización á los que están privados de sus beneficios.

LAS MISIONES DEL ÁFRICA ECUATORIAL.

III.

Todas las historias tienen sus épocas heroicas, así las de las sociedades religiosas como las de las sociedades humanas. En esta época se hallan todavía nuestros misioneros. Esta observación me hacia recientemente un hombre eminente, superior general de una Congregación religiosa que predicaba unos ejercicios en su casa-matriz. Sorprendiase de la severidad de sus Reglas y del valor con que son seguidas. Dormir en el duro suelo ó sobre una tabla, estar pobremente vestido, contentarse con el alimento más grosero y más frugal, soportar los ardores del clima, mantener en medio de todo esto una regularidad constante, perseverar durante los ocho días de ejercicios en la oración y en el más absoluto silencio; «esto, — me decía aquel buen superior, que habia querido seguir sus costumbres hasta en el refectorio, y que sospecho se arrepentia algo de ello, — esto solamente puede hacerlo soportar el ardor de los primeros tiempos.»

Cuando se les propusieron las Misiones del Africa ecuatorial, los sacerdotes de la Sociedad quisieron poner personalmente su desprendimiento y su vida á los pies del Soberano Pontífice, y lo hicieron por medio de la siguiente exposición, digna de los primeros tiempos de la Iglesia:

«Postrados á los pies de Vuestra Santidad, los sacerdotes misioneros abajo firmados, miembros de la Sociedad de las Misiones de Argel, os suplican les concedais vuestra paternal bendición. Todos, Santísimo Padre, acuden á ofreceros sus corazones, sus sufrimientos, sus trabajos y, si necesario fuere, su vida para las Misiones del Africa ecuatorial, para desbrozar este nuevo campo, formidable sin duda para la naturaleza, pero donde, mediante la ayuda de Dios, tan abundantes cosechas podrá obtener la gracia.

«Todos, Santísimo Padre, tenemos un solo deseo: el de ir, á una señal de Vuestra Santidad, á consagrarse á la salvación de aquellos pobres pueblos infieles, á llevarles la palabra de vida que no han oído todavía y á morir en su servicio, sabiendo que los que abandonan por el Señor todo lo que en la tierra poseen lo recibirán centuplicado desde aquí mismo en consuelo y en gracia, y obtendrán después la vida eterna.

«Poseídos de estos sentimientos, Santísimo Padre, suplicamos á Vuestra Santidad se digne aceptar el total sacrificio que le ofrecemos de nuestras voluntades, de nuestras personas, y de nuestra vida para la salvación de la pobre Africa ecuatorial.»

Hablar así no es difícil, ya lo sé; pero cuando los he-

chos siguen á las palabras, cuando se sabe que en menos de dos años siete de entre los que habian firmado aquel documento cumplieron lo que habian prometido y fueron víctimas de su caridad, dando gracias á Dios por la muerte que les concedia como gracia ardientemente deseada, uno no puede menos que envidiar su suerte.

En el mes de Enero de 1878 dos misioneros de Argel fueron los encargados de llevar á Roma la expresión de aquellos sentimientos y de recibir allí las órdenes del Papa. Pero ya el Pontífice, á cuyo llamamiento acababan de responder, estaba á punto de recibir la recompensa de sus luchas y de sus virtudes. Pío IX murió cuando iba á firmar el decreto, preparado ya por la Propaganda, para la creación de las Misiones del Africa ecuatorial. Abrigamos la confianza de que ruega por ellas en el cielo.

Nuestro santísimo Padre Leon XIII fué quien, por rescripto del 24 de Febrero del propio año, sólo cuatro días después del de su elevación al solio pontificio, realizó el proyecto de su predecesor. Heredero de su poder, lo fué también de su solicitud por los pobres pueblos del interior del Africa. La organización así comenzada fué completada por decretos de la Propaganda. Así han sido sucesivamente creados cuatro centros de Misiones destinados á ser con el tiempo otros tantos vicariatos apostólicos: el lago Nyanza, el lago Tanganika, Kabebé, capital de los Estados de Muata-Yamvo, y la extremidad Norte del curso del Congo. Eran, como se ve, los mismos centros donde los exploradores europeos se proponían fundar sus estaciones.

El Soberano Pontífice, al propio tiempo que abría tan vasto campo á su celo, pedía á vuestra Obra y á la de la Santa Infancia que proporcionase á estos nuevos apóstoles los subsidios necesarios para su largo viaje, para su primer establecimiento y para la adopción y educación de jóvenes negros infieles. Vosotros contestásteis á este llamamiento con una rapidez que explica vuestra fe y vuestra elevada comprensión de una situación tan excepcional. Y en cuanto fué conocida vuestra decisión, dispuso Leon XIII que partiera inmediatamente la primera expedición de misioneros, á fin de prevenir la invasión de la herejía.

El 25 de Marzo, un mes después de recibida de la Santa Sede su misión, partieron para Zanzibar nuestros primeros misioneros. Eran diez: cinco para la Misión del lago Nyanza y cinco para la del Tanganika. Ya que deseais conservar el recuerdo de lo concerniente á la fundación de estas Misiones, permitidme que os dé sus nombres y los de las diócesis de donde procedían.

Eran, pues, para el Tanganika: el P. Pascal, de la diócesis de Mende; el P. Deniaud, de la de Nantes; el Padre Dromeaux, de la de Cambrai; el P. Delaunay, de la de Angers, y el H. Augier, de la de Belley. Para el Nyanza: el P. Livinhac, de la diócesis de Rodez; el Padre Girault, de la de Angers; el P. Lourdel, de la de Arras; el P. Barbot, de la de Bayeux, y el H. Amancio, de la de Rodez.

Con respeto escribo estos nombres, cual se escribían en los primeros tiempos de la Iglesia los de los Confesores y de los Mártires. Verdad es que hasta hoy sólo uno de ellos ha sucumbido, porque la muerte ha respetado

mucho más esta primera caravana que la que ha ido en pos de ella; pero todos han sufrido por el Señor lo que sufren los Mártires: la enfermedad, el hambre, las angustias, los peligros, y bien puede decirse de cada uno de ellos lo que dice la Iglesia de uno de nuestros Santos: *Quem etsi gladius persecutionis non abstulit, tamen martyrii palmam non amissit.*

Recibidos en Zanzíbar como hermanos por los Padres del Espíritu Santo, que han hecho en Bagamoyo admirables obras, nuestros Padres tuvieron que preparar allí la caravana que había de conducirles á Tabora. Fueron poderosamente ayudados por el procurador de su Sociedad el P. Charmetant, que les había acompañado y que había de contraer también en ese viaje la enfermedad que le ha obligado á renunciar á la vida activa de las Misiones. Sus cartas de Zanzíbar prodigan grandes elogios á la caridad de los Padres del Espíritu Santo, y en especial á la del malogrado P. Horner, tan prematuramente arrebatado después al cariño de sus hermanos y de sus neófitos.

El 19 de Junio dejaban á Zanzíbar. Ved cómo expresaban los sentimientos que llenaban sus corazones en el momento de partir:

«Hémos ya en camino para nuestra Mision. Comienza una vida nueva: es un apostolado tal como lo conocieron los Apóstoles. A pesar de nuestra insuficiencia y de nuestra indignidad somos nosotros los primeros que, desde el origen del Cristianismo, vamos á representar al Señor y á su Iglesia en este mundo bárbaro y todavía casi desconocido. Ante nosotros cien y tal vez doscientos millones de almas nos tienden invisiblemente los brazos, como aquellos fieles de la Macedonia que vió en sueños san Pablo.

«¡Qué mision tan sublime á la par que imponente! Ella es el objeto de nuestras meditaciones y de nuestras conversaciones; y de antemano ofrecemos á Dios, para el buen éxito de la grande obra que nos confía, todas nuestras penas, todas nuestras pruebas, hasta nuestra vida, si tiene por conveniente pedirnosla. Elevando los ojos hácia la bandera del sagrado Corazon que nos precede, en estas llanuras abrasadas por el sol, rogamos á este sagrado Corazon que derrame á borbotones, sobre estas áridas tierras, el agua y la sangre que fueron derramadas en el Calvario para estas infortunadas razas, y que no deje por más largo tiempo en poder de Satanás su enemigo tantas naciones y tantos reinos (1).»

No les seguiré en este largo viaje: las *Misiones católicas* han publicado ya su diario. En él es posible formarse una idea exacta de sus dificultades y de sus pruebas. El Cardenal-prefecto de la Propaganda, que es un buen juez, me escribía, después de haberlo leído, que habían llevado su celo hasta el heroísmo. Aquellos de vuestros asociados que no conozcan aquellas páginas tan sencillas, y por lo mismo tan llenas de palpitante interés, pueden fácilmente proporcionarse, para leerlas, la Revista de las *Misiones católicas*. Unicamente, de paso, quiero depositar una flor, una muestra de mi paternal recuerdo sobre la tumba del primer mártir de la caridad en esta Mision, donde será, donde ha sido seguido ya por tantos otros. Os escribo el día mismo de la festividad de san Estéban, y la Iglesia le honra con un culto especial, pre-

cisamente porque fué su primer mártir. El P. Pascal, superior de la Mision del Tanganika, era verdaderamente la víctima designada. A pesar de que era aún joven, era ya un santo perfecto, perfecto por la caridad, la humildad, la pureza evangélica, el celo que le devoraba. Murió, como Moisés, antes de entrar en la tierra por la cual había suspirado. Murió en la extremidad del Ugogo el 18 de Agosto, á los dos meses de haber salido de Zanzíbar, rodeado de sus hermanos y haciendo á Dios el sacrificio de su vida por la salvacion de los pobres negros.

«No podíamos dar crédito á nuestros ojos, escribía uno de nuestros misioneros; aún cuando hubiésemos visto sufrir cada día al P. Pascal, aún cuando hubiésemos asistido á todas las fases y á los aterradores progresos de su enfermedad, no habíamos podido acostumbrarnos á la idea de su muerte. Nosotros esperábamos que Dios le conservaría en nuestra naciente Mision: no lo ha querido; ¡hágase su voluntad! Lo que nos consuela es el pensamiento de que desde el cielo continuará velando por la obra que tanto hubiera querido realizar en la tierra, y rogará por nuestra Mision y por sus antiguos compañeros. Las oraciones de un santo como él nos alcanzarán las gracias que necesitamos, y sobre todo la de sufrir y ganar almas. En cuanto á nosotros, nuestro único deseo es el de seguir en todo sus huellas, y esto hemos prometido al Señor junto á los restos de nuestro querido y venerado compañero.»

Poseídos de estos sentimientos y á través de tales pruebas llegaron los nueve misioneros sobrevivientes al término de su viaje: á fin de Enero de 1879 los que se dirigían al Tanganika, y los que se establecieron en el Uganda, á orillas del lago Nyanza, el 19 de Junio del mismo año. Los primeros habían empleado en su trayecto más de diez meses, y los segundos *un año, dos meses y veinticinco días*. Estas cifras demuestran en parte los obstáculos que ofrecen las Misiones del interior del Africa ecuatorial, y dejan también comprender los sacrificios y recursos que piden y cuán cortas se quedan vuestras remesas, con todo y parecer á algunos tan crecidas.

Bajo este punto de vista, ninguna otra Mision puede ser comparada con las nuestras; no solamente por las distancias, sino también y principalmente por la imposibilidad de servirse de animales de transporte en el Africa ecuatorial. Los bueyes, los caballos, los mulos, hasta los asnos domésticos mueren en ella á consecuencia de la mordedura de una mosca venenosa, la *tsetzé*; únicamente les pueden suplir los hombres. De modo que éstos tienen que llevar durante más de un año, como se acaba de ver, no solamente todo lo que ha de servir para el establecimiento de las Misiones, sino hasta los objetos de cambio necesarios para proporcionarse durante igual espacio de tiempo la manutencion diaria, pagar el *hugo* ó impuesto de pasaje á los reyezuelos bárbaros, y vivir además hasta encontrar alguna caravana que, salida de la costa y viajando por nuestro mismo sistema, nos haya podido renovar nuestras vituallas. Esta necesidad es la que han de sufrir y sufren todos los viajeros. Y nuestros Padres traían con ellos al partir de Zanzíbar más de quinientos negros, puesto que á los conductores había que agregar negros armados para proteger la caravana contra las bandas de *Ruga-Rugas* ó salteadores que pueblan ciertas selvas.

(1) *Diario de los misioneros.*

CORRESPONDENCIA.

ANAM.

Carta del P. Venceslao Oñate, misionero dominico del Tong-king central.

Ngoc-Duong, Diciembre de 1880.

Se necesitaria otro genio distinto y otra pluma más correcta que la mia para describir, siquiera fuese á grandes rasgos, los muchos y variados sucesos que han tenido lugar en esta parte de la provincia meridional superior, encargada á mi cuidado desde principios del corriente año.

Pasaré en silencio la terrible inundacion con que Dios castigó esta provincia en el mes quinto, dejando sepultados bajo las aguas los hermosos y abundantes arrozales, ya casi en sazón y á punto de ser recogidos en los graneros, y sólo me fijaré en el movimiento que se nota á favor del Cristianismo.

Unos 3,500 cristianos contaba antiguamente este distrito, divididos en diez y seis cristiandades esparcidas por toda la extension de él, y anejas en cuanto á los asuntos civiles á pueblos infieles de los que forman parte, á excepcion de la capital del distrito donde está el colegio de Moral, y es un pueblo de 1,200 cristianos sin mezcla de infieles. De unos seis años á esta parte data el movimiento progresivo hácia el Cristianismo, por lo que además de haberse aumentado notablemente el número de cristianos en las antiguas cristiandades, se ha enarbolado el adorable signo de nuestra redencion en otros puntos donde aún no conocian á Dios, pudiéndose al presente añadir otras siete nuevas cristiandades, unas ya formadas y otras en vias de formarse, que podrán dentro de algunos años, si Dios nos concede su gracia, contarse entre las antiguas; pues en cuatro puntos más existe alguna que otra familia cristiana, y en otros varios han pedido ya catequistas para que les instruyan en las cosas necesarias para recibir el santo Bautismo. Pero no se puede abarcar tanto de una vez. El oficio del misionero no solamente se reduce á sembrar la semilla de la palabra de Dios en varias tierras, sino que consiste tambien en conservar y llevar á perfeccion los frutos que ha producido al caer en tierra buena. Esta tierra buena se halla por lo regular rodeada por todas partes de abrojos y espinas; y si no tiene cuidado el misionero de conservar el fruto ya nacido hasta que llegue á perfeccion, con la mayor facilidad se extienden las espinas y pululan las malas yerbas por la tierra buena, ahogando la buena semilla.

Fácil y muy fácil nos es por ahora introducirnos en un pueblo infiel donde se ven algunas señales á favor de la Religion, instruir lo suficiente para recibir el Bautismo á cinco, diez ó veinte familias; pero es muy difícil conservar sin algun percance lo adquirido y llevarlo hasta la perfeccion, haciendo que entren las nuevas cristiandades en la via normal de las antiguas.

Tenemos que conquistar el terreno á palmos, y para conservarlo, despues de poner nuestra confianza en Dios, sin cuya virtud y poder en vano edificamos, tenemos que usar de todos los medios que la prudencia nos sugiere. Ni una madre cariñosa hace por su tierno niño

recien nacido, tanto como el misionero debe hacer por los nuevamente reengendrados con las aguas del Bautismo. El menor descuido para con ellos, como aún débiles en la fe, puede ser causa muchas veces de graves perjuicios: esto con respecto á cada uno en particular; pues ¿qué será cuando son muchos en comun, como un barrio ó la mitad de un pueblo infiel? ¿Qué guerra levantan entonces por lo regular los enemigos de Dios y de las almas!

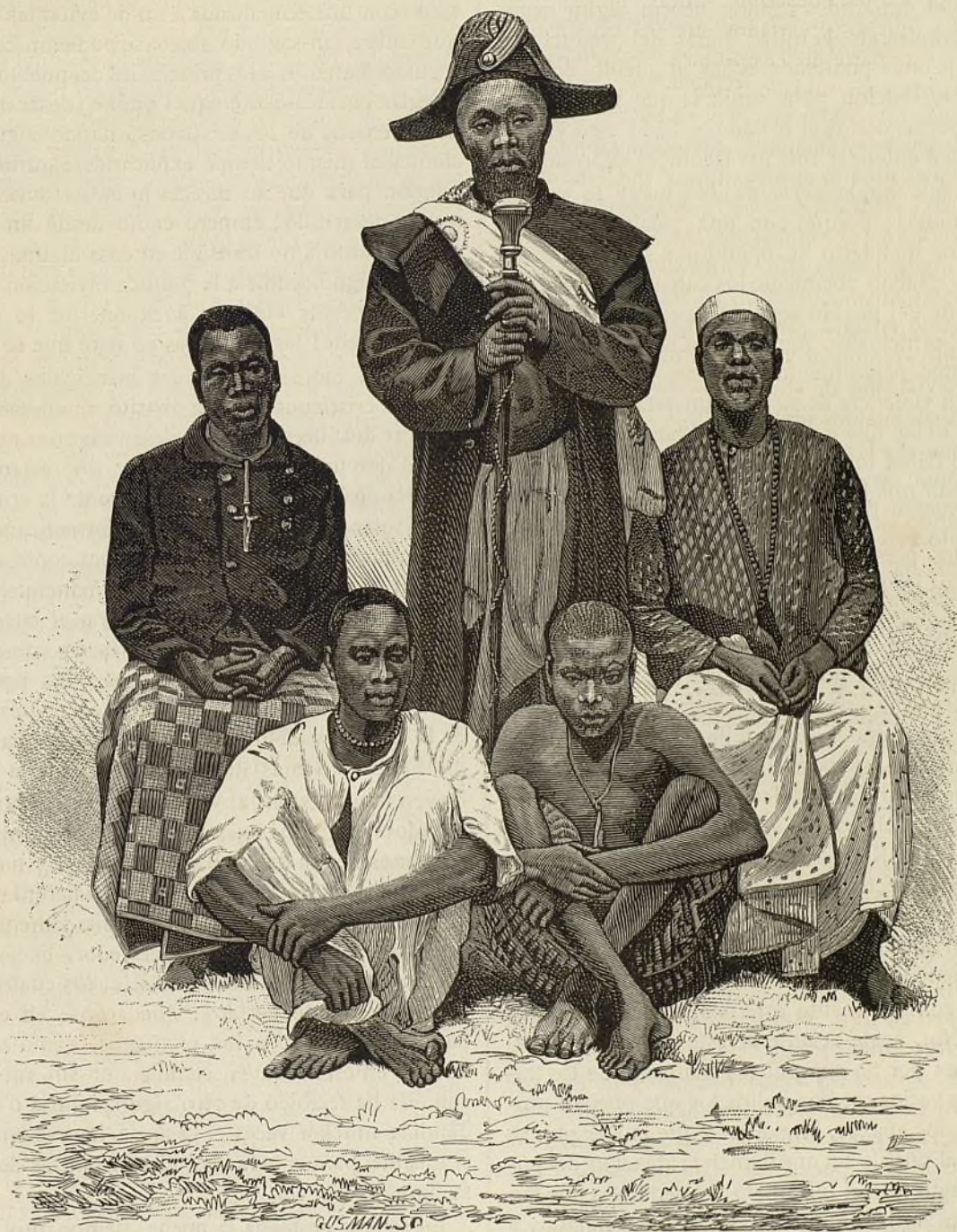
El demonio, al ver que se escapan de sus manos los que tenía bajo su dominio, no deja piedra por mover para atemorizar á los recien conversos y hacerles volver á sus antiguas supersticiones. El mundo, instigado por el demonio, ¿qué guerra no mueve contra ellos, desde el momento en que determinan inscribirse en el catálogo de los catecúmenos! Ya se levanta el pueblo en comun contra la parte que se ha decidido á salir de las tinieblas de la gentilidad, poniéndole impedimentos por todas partes; ya familias contra familias é individuos contra individuos. Si decaen de ánimo volviendo la vista atrás, y se dejan por temor enredar con los lazos preparados por tan potentes enemigos, es muy difícil romper de nuevo las cadenas con que se han ligado, para emprender otra vez el camino de salvacion; mas si tienen valor para resistir las primeras acometidas, aunque estas se repitan despues en mayor escala, por lo regular tienen ánimos para oponerse al enemigo y por fin vencerle. Pero es inexplicable lo que el misionero padece en tales ocasiones: se está dando una batalla, y él es el jefe que debe dirigirla: los neófitos y catecúmenos nada saben hacer sin contar con él; todos los golpes asestados contra ellos recibelos el misionero en su corazon; él tiene que precederles en los combates y librarles de las asechanzas de sus enemigos, que se oponen tenazmente á la extension del reino de Jesucristo, hasta dejar á los nuevos adoradores de la Cruz en pacífica posesion de sus creencias y en la observancia de la ley de Dios.

El prestigio é influencia de los misioneros con las autoridades del país, unido al especial cuidado que tenemos de los cristianos antiguos, defendiéndolos en sus justas competencias con los infieles, impidiendo las vejaciones, resolviendo las cuestiones que tengan entre sí sin necesidad de hacer grandes gastos con los mandarines, socorriéndolos segun nuestras fuerzas en las calamidades y otras graves necesidades, es lo que en un principio mueve ordinariamente el corazon de los infieles para dar el primer paso, presentándose al misionero y pidiendo abrazar la verdadera Religion. Al llegar á nuestras puertas con su acostumbrado memorial firmado por todos los que desean pertenecer al rebaño de Jesucristo, raro tal vez sea entre los presentes quien haya oido hablar de Dios ni de Religion, ni saben en qué consiste, ni se han parado á reflexionar en ello con detencion. Han visto ú oido el modo con que los misioneros se portan con los cristianos, y los favores que éstos reciben de aquellos, y este es el móvil que al principio abre las puertas de sus pueblos para que entren por ellas las verdades eternas con la luz de la fe. Es para alabar á Dios, que en su infinita sabiduría dirige unos medios tan materiales á un fin tan grande como es llamar á los que ha predestinado para la gloria. No es ordinariamente el misionero el primer predicador, sino una multitud de

caciques que abundan por las Toparquías y pueblos, oprimiendo á sus moradores con mil vejaciones é injusticias; pues que necesitando los infelices proteccion para librarse de los que están enriqueciéndose á costa suya y gozando de sus sudores, la buscan en la Religion donde únicamente creen hallarla, porque prácticamente están viendo que tales caciques no se atreven á vejar injustamente á los cristianos por tener quien los defiende.

Todo esto lo comprenden los mismos opresores y has-

ta los mandarines, como lo prueba el caso sucedido al subprefecto de esta Toparquía. Creyendo el tal hacer mérito con el mandarin Gobernador de la provincia, manifestando su disentiimiento á que se introdujese el cristianismo en su pueblo natal, preguntó públicamente á dicha autoridad: «Diez mil reverencias al gran Mandarin: ¿qué medios tomaré para impedir que los catequistas de la Religion hagan prosélitos en nuestro pueblo?» A lo que el mandarin, dejándole avergonzado, le



Dos-GUINEAS (*Africa occidental*).— Schoke, rey de Dongila: á su derecha un hijo suyo; á su izquierda un negro del Congo, y á sus piés dos indígenas cristianos. (Pág. 492).

respondió: «¿Qué medios? No comer tanto tú y los demás principales. ¿Qué ha de hacer el pueblo, prosiguió, sino abandonarlos, pues no haceis más que chupar su sangre y sudor sin trabajar? Se convierten á la Religion porque de ese modo pueden gozar con alguna tranquilidad del fruto de su trabajo, y encuentran en sus necesidades quien les dé una taza de morisqueta.»

Confirman lo dicho las historias acaecidas en un pue-

blo todo infiel de esta Toparquía. Hace unos seis meses se me presentaron varias familias de dicho pueblo con un memorial en el que pedian abrazar la Religion. Cuando en virtud de dicha representacion mandé á los catequistas á explorar los ánimos, explicarles en general las disposiciones que deben tener los que desean ser discípulos de Jesucristo, y ver los modos más á propósito para dar principio al estudio del catecismo, se conmo-

vieron los principales del pueblo, y se reunieron, ya pública, ya privadamente, para conferenciar y determinar el modo de impedir se introdujese la religion cristiana donde nunca habia existido. «Si comienzan en este pueblo (decia uno de los más autorizados) algunos á ir á la Religion, todo el pueblo va á imitarles siguiendo ese camino, y en tal caso ¿cómo hemos de poder gobernarle?» Es decir: «¿Cómo hemos de poder vivir á costa del pueblo? ¿Cómo podremos repartir entre nosotros los mejores campos comunes? ¿Cómo podremos vender los tales duplicados cuando ocurra algun negocio comun, empleando la mitad ó más del producto en comilonas? ¿Cómo podremos echar al pueblo doble ó cuádruple contribucion para suplir la que nosotros no pagamos, repartiéndonos el residuo?» Todo esto y mucho más daba á entender con sus lacónicas expresiones. Comprendia que no les seria posible hacer lo mismo con los cristianos, porque con una palabra de éstos, hasta el mismo mandarin se opondria á sus injusticias, sobre todo si estaban por medio los catequistas; visto lo cual lo restante del pueblo seguiria su ejemplo, dejando aislados á los principales. Agolpados á la mente del orador todos estos pensamientos con sus consecuencias, salió con gran violencia de su boca un satánico *tolle tolle*, diciendo: «Hay que oponerse; no nos movamos de este lugar sin haber inventado todos los medios conducentes á impedir que la Religion se introduzca en este pueblo, mudando sus costumbres y modo de ser.»

Varios de los presentes, aguijoneados tal vez por el recuerdo de sus injusticias pasadas, y creyendo que la accion de la Religion se extenderia tambien á ellas, se levantaron á una, y asintiendo á lo que el primero proponia, gritaron: «Tenemos que oponernos; se debe impedir á todo trance.» Entonces se levantó uno más prudente, que tiene el grado de bachiller, y con tono grave y acostumbrada prosopopeya dijo: «Señores, están vigentes los últimos tratados solemnemente hechos entre Francia y Anam, por los que se permite el libre ejercicio y predicacion de la Religion; por consiguiente no podemos oponernos directamente á que el misionero y catequistas entren y salgan libremente por las puertas de esta poblacion, ni impedir que sus habitantes acudan á oirles, exponiéndonos á que cualquier dia alguno de los vapores que continuamente estamos viendo subir por ese rio á Hà-Noi, ancle delante de este pueblo y lo reduzca á cenizas por no cumplir las cláusulas de los tratados. Existen varios medios indirectos que pueden producir los mismos efectos, impidiendo que la Religion se extienda por el pueblo sin que llamen la atencion del público, y evitando que el misionero y catequistas puedan objetarnos falta alguna contra la Religion y los tratados.»

Efectivamente la estratagema de medios indirectos produjo los resultados que el confuciano en su mente impía previó, pero no tan completos que impidieran absolutamente el triunfo de nuestra santa Religion, plantando el adorable signo de nuestra redencion en medio del pueblo y recibiendo el Bautismo unas ochenta personas. Y no se han bautizado más por temor á los magnates; sin embargo, hay razones para esperar que con el tiempo se irá aumentando la grey de Jesucristo, especialmente desde que hace unos dos meses fué envuelto todo el pueblo en una falta contra la Religion.

Es el caso que un dia apareció una cruz en medio del camino y junto á la casa de uno de los principales magnates. El objeto de colocar tan venerando signo en sitio tan público y de un modo tan irreverente, era para que todos los que fuésen al mercado en tal dia lo conculcasen con sus inmundas plantas. Al saber los cristianos tan horrendo sacrilegio, acudieron á los catequistas, quienes inmediatamente se personaron en el lugar del suceso, é improvisando al momento una especie de dosel, lo colocaron reverentemente sobre la cruz, rodeando el contorno con una empalizada á fin de evitar las irreverencias que contra tan sagrado objeto se pudieran cometer. Acto seguido llamaron á los principales del pueblo con el fin de arreglar pacíficamente aquel público desacato á la sacratísima enseña de los cristianos, dando alguna satisfaccion, y al mismo tiempo explicarles algunos puntos de religion para que ni directa ni indirectamente impidiesen su desarrollo; empero como desde un principio se determinaron á no transigir en cosa alguna, ninguno de ellos se dignó acudir á la política invitacion de los catequistas, y éstos vinieron á exponerme lo que pasaba. «¡Eso sucede! les dije, pues yo haré que se presenten.» Ordené al momento que los principales de todos los pueblos cristianos de este distrito acudiesen en comun al lugar del suceso, que eligiesen algunos entre ellos para ir á dar parte al mandarin, y los restantes hiciesen guardia de honor al adorable signo de la cruz. Al ver los principales del pueblo que se iba formalizando el asunto determinaron dar la cara. ¿Será para confesar su pecado y pedir perdon de él? De ninguna manera. Habian concebido el atrevido proyecto de retirar el cuerpo del delito para que los cristianos apareciesen como calumniadores y fuesen por consiguiente castigados por ello segun las leyes. Para el efecto armaron de garrotes á una turba de la hez del pueblo, y caminaban muy ufanos hácia el punto donde los cristianos custodiaban la santa cruz, creyendo que éstos, al verlos venir en actitud tan amenazadora, huirian dejándoles libre el campo; mas los cristianos llenos de confianza en Dios, y teniendo además por su parte la razon, emprendieronla contra sus agresores haciéndoles huir precipitadamente, sin que quedase enemigo alguno en derredor, excepto dos que hacian de cabecillas de la patrulla; los cuales, fingiendo caer gravemente heridos, quedáronse en esta postura para meter miedo á los cristianos, como acostumbran hacerlo en estos reinos cuando uno sin razon ó tal vez con ella ha recibido de otro alguna injuria ó leve herida, dándose muchas veces el caso de herirse gravemente á sí mismos para agravar las circunstancias del crimen de su agresor.

En esto se acercaba la noche, tiempo muy á propósito para sus clandestinas reuniones; y los supuestos heridos, viendo que los cristianos nada temian y los infieles no hacian caso alguno de ellos, se levantaron cansados de estar tanto tiempo á la inclemencia del viento y lluvia, marchándose á sus casas. Los demás principales al amparo de la oscuridad se dispersaron por los pueblos de infieles circunvecinos á conferenciar sobre el asunto, decidiéndose como más conveniente destruir el cuerpo del delito antes de la llegada del mandarin, para lo cual aconsejaron á los delincuentes que se volvieran al pueblo y tuviesen la gente preparada, y á una señal dada

u & irían los otros pueblos con su contingente para ayudarles en tan difícil empresa.

Deseando yo vivamente evitar cualquier desagradable suceso que ocurrir pudiera á los cristianos, ordené la retirada de éstos, y que solamente quedaran en dicho punto un catequista y un cristiano animosos y dispuestos á sufrirlo todo antes que permitir á los infieles destruyeran lo que les hacia reos y dignos de castigo. Al observar los infieles una retirada tan repentina y misteriosa, y no pudiendo darse la explicacion de ella, quedaron indecisos sin saber qué hacerse: por una parte, teniendo por segura la empresa, habian ya marchado algunos de los principales con un escrito al gobernador de la provincia, acusando á los catequistas y cristianos de calumniadores y que venian á revolver su pueblo, con otros mil embustes; por otra temian una emboscada de los cristianos, pues la retirada creian ser una estratagema para mejor cogerlos en un nuevo delito de agresion al inocente. Durante esta indecision quiso Dios que llegase el mandarin de esta Prefectura, á quien los catequistas llamaron con tiempo, y vió con sus propios ojos el venerando signo de nuestra redencion, con los preparativos que habian hecho los infieles para destruirlo acometiendo á los cristianos. Reprendió ásperamente á todos los principales, castigó con ochenta azotes al alcalde del pueblo, mandó quedasen así las cosas hasta tanto que el Gobernador de la provincia, á quien los infieles habian acudido, resolviese el caso segun razon. Dicho mandarin se volvió inmediatamente para poder enterar de la verdad de los hechos á los mandarines de la capital; al mismo tiempo mandé yo tambien un escrito en que exponia al Gobernador todos los sucesos, con los delitos en que los principales de tal pueblo habian incurrido. Al verse éstos cogidos por todas partes sin tener salida alguna, se amedrentaron, de modo que desde aquel momento no hicieron más que buscar intercesores por todos los pueblos para que viniesen á comunicarme que estaban dispuestos á entregarse á discrecion.

Muchas fueron las personas que intercedieron los admitiese á mi presencia para reconocer sus pecados y pedir perdon de ellos, estando dispuestos á dar la debida satisfaccion á los catequistas y cristianos del distrito, obedecer á lo que yo les mandase y recibir el castigo que les impusiese. Hasta los mismos mandarines estaban interesados en ello, pues no sabian cómo arreglarse para castigarlos por su atentado contra la Religion. Bien comprendian los infieles que saldrian mejor librados de mis manos que de las de sus mandarines, pues saben claramente que la Religion manda amar á los enemigos y perdonar á los que nos han ofendido. Como yo deseaba más que nadie dirigir el negocio á tal solucion para que prácticamente conociesen los infieles los admirables preceptos de nuestra sacrosanta Religion, y por el bien de los cristianos nuevos, concedí una audiencia á dichos principales. Afeéles su conducta y los medios de que se valieron para comprometer á los catequistas y cristianos, y les prometí el perdon con tal que obedeciesen á lo que les prescribiera. Al ver la blandura con que los traté en la primera audiencia, respiraron y no cabian dentro de sí de contento. Firmaron un escrito en que confesaban su falta y prometian la enmienda (estos escritos valen mucho en estos reinos, pues con ellos en cualquier tiem-

po se puede renovar en los tribunales la acusacion, si el culpable no se enmienda); pagaron las costas, y en desagravio del sacrilegio cometido y para que comprendiesen el respeto que se merece el adorable signo de nuestra redencion, les obligué á cavar la tierra donde habian plantado la santa Cruz y conducirla solemnemente con acompañamiento de catequistas y cristianos hasta el río, para que jamás persona humana pudiese hollarla con sus inmundos piés. Con esta solucion quedó desagraviada y triunfante la Religion, el pueblo contento sin atreverse á molestar más por ahora á los neófitos, y los mandarines con los demás que intercedieron por los delincuentes, agradecidos.

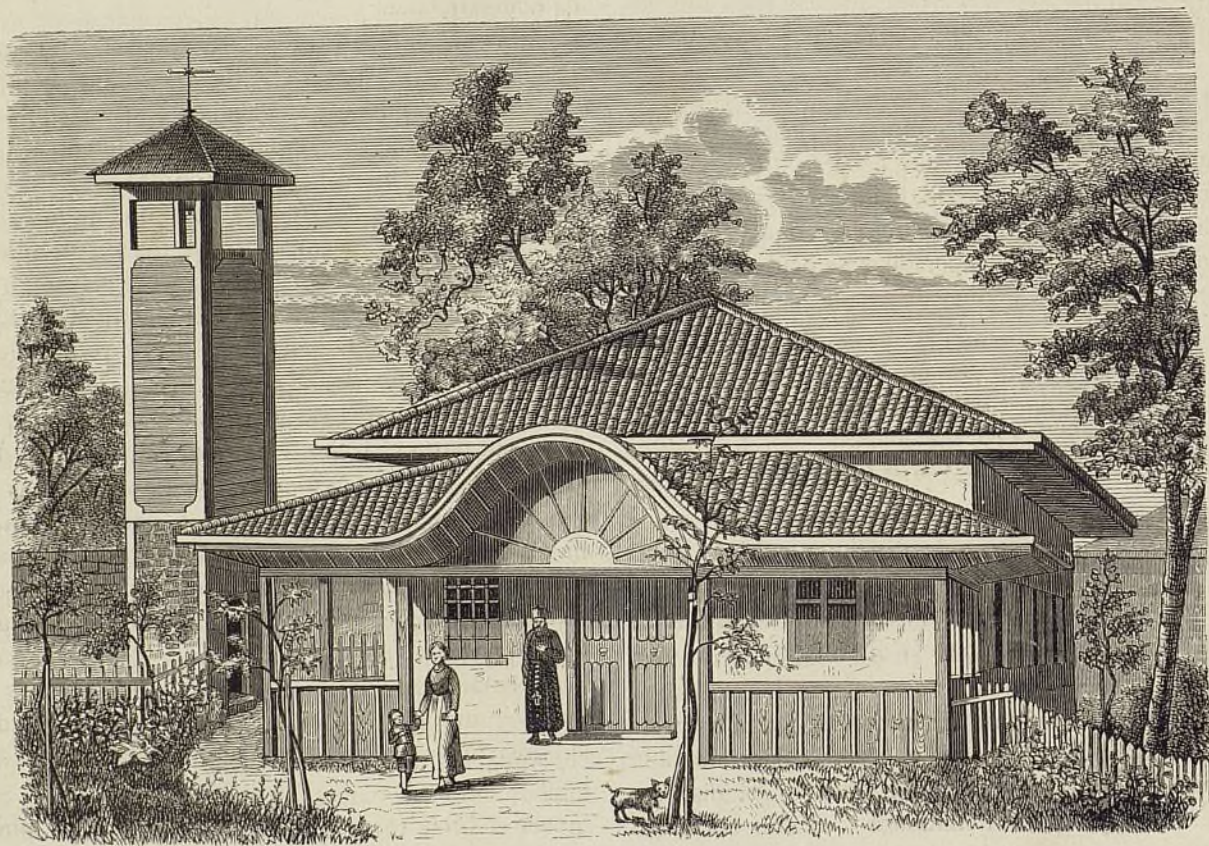
Como prueba de lo arriba dicho, no deja de tener interés lo sucedido en otra nueva cristiandad llamada Xuañ-Lai. Era antiguamente este un pequeño pueblo, pero de los más ricos de la prefectura. Por causa de las inundaciones, de las vejaciones de los alifures, y tambien tal vez de la poca union que existia entre los principales, vino á quedar en un estado deplorable, hasta el extremo de tener que emigrar á otros puntos la mayor parte de sus habitantes para poder vivir. Sólo quedaban en el pueblo unas seis familias, y éstas divididas entre sí. Un pueblo de cristianos, próximo al anterior, les exhortó á que abrazasen la Religion, y de ese modo tendrian paz y se repondria el pueblo. Oyeron tan caritativa exhortacion más de la mitad de él, bautizándose algunas familias á principio de este año. Dos familias estuvieron renitentes, y unidas al prefecto de la Toparquía entablaron varios pleitos contra los nuevos cristianos; mas como el cabeza de éstos era listo y entendido en tales negocios, nunca pudo ser vencido completamente. Este pueblo tenia hecho un pacto con otro infiel, por el que quedaban ambos obligados á reunirse en comun una vez al año en las respectivas pagodas de cada uno de los pueblos para hacer las libaciones y sacrificios idolátricos que habian motivado la amistad. El principio de esta diabólica hermandad provenia de un gran tronco de las mejores maderas del reino, que siguiendo la corriente de las aguas se paró en la ribera del río inmediato á dichos pueblos. Segun su tradicion, por más que hicieron mover el toso madero del sitio donde en un principio hizo asiento, y sólo cuando estos dos pueblos unidos acudieron á la empresa como supersticiosos que son, interpretaron el suceso como disposicion del cielo para que contrajesen perpétua hermandad.

Creyeron tambien que dicho madero tenia alguna virtud especial, por lo que determinaron hacer de él dos ídolos en honor de dos hermanas famosas, uno para cada pagoda de su respectivo pueblo. Como la mayor parte de uno de ellos habia abandonado todos los ritos idolátricos, convirtiéndose al verdadero Dios, nadie hacia caso de la pagoda ni de sus ídolos, y sólo se aguardaba ocasion oportuna para derribarla y convertirla en iglesia. Por no exasperar á las dos familias que aún quedaban por convertirse, ni violar los derechos que el otro pueblo pudiera alegar al principal ídolo que en ella veneraban, aún quedaba en pié; pero ya se les habia encargado lo llevasen cuanto antes á su adoratorio si así lo deseaban; mas sin haberles dado tiempo á ello, vino la inundacion, que les hizo olvidar á todos sus ídolos. Dió

la humorada un día á unos cuantos muchachos, traviesos como en todas partes, de unirse á otros más traviesos del inmediato pueblo de antiguos cristianos, y meterse en la pagoda á pasar un rato de diversion con sus antiguas divinidades, que ninguna virtud tenían ya para ellos, y concluyeron la funcion decapitando á todos los idolos y arrojando cabezas y cuerpos á merced de las aguas. Segun cuentan, el idolo, lazo de hermandad con el otro pueblo, fué conducido por arte del diablo (mejor dicho por la corriente de las aguas) hasta dicho pueblo, parándose en el terreno de un capitan de tropas nacionales, cabecilla de piratas, famoso por sus fechorías en toda aquella comarca; quien considerando el caso como sobrenatural lo interpretó diciendo: «que la hermana menor ofendida y ultrajada acudia al pueblo donde se veneraba la mayor á pedir venganza contra los agravios que les habia inferido el pueblo ya cristiano.» Inmedia-

tamente determinó desagraciarla de los ultrajes recibidos, por lo que á la noche siguiente se presentó en el pueblo cristiano con ocho barcos llenos de gente malhechora; y no encontrando en él á los que suponía autores de tal ultraje con su querido idolo, se introdujeron en casa del principal de los nuevos cristianos, emprendiéndola contra todos sus habitantes, de suerte que dejaron muy mal parado al marido, herida gravemente la mujer, y los demás apaleados; robaron todas las escrituras de los campos, se llevaron todas las ropas y demás ajuares útiles de la casa, marchándose despues muy satisfechos de haber vengado de algun modo á su falsa divinidad.

Fué tambien entregado á las llamas un casucho del valor de veinte pesetas que yo habia costado para un ex-alcalde que hacia poco tiempo habia vuelto al pueblo para abrazar la Religion, y no tenia donde habitar.



BULGARIA.—Iglesia latina de Caragacht, cerca de Andrinópolis. (Pág. 495).

Al saber tal novedad mandé los catequistas al lugar del suceso, los cuales inmediatamente eligieron algunos del pueblo para que fuésen á informar al mandarin acerca de lo acaecido, y éste mandó á sus alifures á examinar las heridas de los pacientes. Mas no eran éstas las que más cuidado daban al mandarin, sino el punto que con suma habilidad habian introducido, sin mentir, en la escritura de informacion, esto es, la quema de la famosa casa de cuatro pesos, tomándola en su imaginacion como lugar destinado para que los catecúmenos estudiasen el rezo. El temor de que podia yo intervenir en el asunto por causa de religion le indujo á obrar con energía; y aunque la parte culpable estaba dispuesta á desembolsar una buena cantidad para que sobreseyera la causa, no se atrevió el mandarin á aceptarla por el pronto; pero como ya saben estos mandarines que no hacemos ni

queremos hacer mal á nadie, se ofreció á servir de intercesor y aconsejó al culpable me pidiese perdon, proponiendo no molestar más al pueblo. Eso deseaba yo para evitar complicaciones, y así lo habia procurado por medio de tercera persona. Cuando se presentó el que es terror de toda aquella comarca, balbuceaba y temblaba de miedo al oir mis reprensiones; mas luego que fuí declinando la conversacion sobre los preceptos evangélicos, se fué animando, sobre todo cuando vió que los cristianos mismos interesados en que se le pusiese la ley, se levantaron, ya adverbidos *ad hoc*, é intercedieron para que me compadeciese de él y le perdonase.

Resultado. Quedó el delincuente agradecido á mí y á los cristianos; se avino á resarcir los perjuicios causados en el pueblo; restituyó todas las escrituras y demás objetos robados que pudo encontrar entre sus compañe-

ros; firmó una escritura en la que confesaba su pecado y proponía no molestar en lo sucesivo á los nuevos cristianos ni mezclarse en nada con la pagoda; se convirtió la parte del pueblo que aún perseveraba infiel y se había antes unido al otro pueblo para vengar á sus ídolos; se vendió la pagoda, cuyo producto se invertirá en hacer una iglesia en medio del pueblo; y finalmente los que habían emigrado van volviendo poco á poco al pueblo para abrazar la religion.

Por estos y otros muchos casos que podría referir se ve la influencia y prestigio de los misioneros tocante á los asuntos religiosos y civiles que se relacionan de algun modo con la Religion, y cómo Dios dirige esta influencia para que muchos abran los ojos del alma á la luz de la verdad.

Los estudiantes de moral trabajan mucho en la conversion de los infieles, ejercitándose ahora en lo que en mayor escala se han de emplear despues cuando sean sacerdotes. Sirve tambien como de prueba para que se acostumbren á padecer, conocer su fervor y lo que pueden dar de sí con el tiempo.

En lo que va de año se habrán bautizado en sólo este distrito unos 300 adultos. Los niños de padres infieles entregados por éstos mismos por no permitirles su corazon verlos morir de necesidad, llegarán á 350. Los niños bautizados *in articulo mortis* subirán á una respetable suma, pues más de sesenta personas se ocupan en tan grande objeto en sólo este distrito.

AFRICA OCCIDENTAL.

Carta del Rdo. P. Schmitt, superior de la Mision de Mboma.

Mboma, 31 de Noviembre de 1880.

Siendo cada vez más difícil el rescate de los niños en Mboma, resolví probar si en el alto Congo ofrecia mayores facilidades, y como el Sr. Greshoff me habia invitado varias veces á acompañarle en ese viaje, acepté su amable proposicion.

Partimos el 5 de Noviembre á bordo del *Zairo*, vapor de la casa holandesa, y remontámos el rio hasta Kaika-Mazia, en la orilla izquierda, en la que hay dos factorías, una holandesa y otra portuguesa.

Tras una hora de alto el vapor prosiguió su marcha, y fué preciso luchar sin tregua contra la fuerza de la corriente y las arremolinadas aguas del Congo.

Antes de llegar á Msuku un magnífico espectáculo se ofrece á los ojos del viajero. En medio del rio un árbol de suma belleza extiende sus ramas enteramente verdes. Muchos años há que las impetuosas olas del Congo vienen á estrellarse á sus piés, y resiste como la roca sobre el cual lo plantó la naturaleza.

Nos detuvimos algunos momentos en Msuku, y por fin á las siete de la tarde llegámos á Uan-güan, más arriba del Noke, frente del *Caldeirao do inferno* (caldero del infierno), así llamado á causa de los peligrosos torbellinos que engullen las embarcaciones y de la oscuridad que incesantemente reina en sus orillas.

Hasta allí el Congo corre entre dos cadenas de montañas abruptas y peñascosas, y sus orillas son tan estériles que los indígenas no han podido fijarse en ellas; por cuya razon seria imposible establecer allí una Mision.

El Sr. Greshoff, gerente de la casa holandesa, no limitó su amabilidad á darme pasaje á bordo de su buque, si que tambien me procuró al dia siguiente el gusto de visitar la primera estacion de los ministros protestantes, *Livingstone Inland Mission*, en Matadi.

Matadi está situado á la orilla derecha del Congo, casi frente de Wivi, de suerte que pude admirar al mismo tiempo esta última posicion y los magníficos caminos trazados en las montañas por el Sr. Stanley, y luego los trabajos de los ministros protestantes. Mas para llegar allí ¡cuántas luchas tuvieron que sostenerse con las corrientes! Despues de franquear una encuéntrase otra que le sucede. Muchas veces estuvimos á punto de retroceder, y así se hubiera hecho á no alentar á nuestros marineros la esperanza de una recompensa. Saltaban entonces sobre las rocas, y sujetando á un árbol la cadena de la embarcacion, levantaban ésta á fuerza de brazos, hasta que por fin pudimos llegar á Matadi despues de más de dos horas de fatiga.

Como lo indica su nombre, este lugar es un rincon de tierra cubierto de rocas: *Matadi* quiere decir piedra. Su aspecto es muy triste, y al divisarlo se lo confundiria fácilmente, como decia un negociante de la costa, con un campamento de bohemios. Todo el establecimiento de los ministros protestantes se compone de cinco ó seis tiendas europeas, de construccion muy pintoresca: el edificio es un cuadrado de unos cinco ó seis metros de largo por otros tantos de ancho. El techo, con inclinacion muy pronunciada, está cubierto de yerbas; los cámbrios son casi del grueso de un tirante, y las paredes de planchas de abeto mal clavadas. En el interior, las arcas que llegan hasta el techo, la variedad de objetos, telas, azadones, azadas, sillas y otros artículos de Europa, dan la idea de un bazar. Esta casa, que sirve de comedor, sala de recibo y dormitorio, es la única construccion que en dos años ha dado buenos resultados á los ministros protestantes. Acaban de ensayar otra en la cumbre de un ribazo, pero el viento la ha derribado por completo. No sé si cuentan con discípulos; yo no los ví. Por otra parte los niños no pueden dirigirse á Matadi desde sus poblaciones, pues están muy distantes de aquel punto.

El dia 7 volví á bajar por el rio hasta Noki, en donde el Sr. Gillard, gerente de la casa Daumas, Béraud y C.^a, me dispensó por espacio de cuatro dias la más generosa hospitalidad.

Durante este tiempo pude reunir algunos datos sobre el Congo, y principalmente sobre San Salvador, su capital: me los dió el hijo legítimo del mismo rey de aquel país. Este jóven, llamado D. Álvarez, de unos treinta años de edad, recibió su educacion en San Pablo de Loanda. Cuando en 1860 el Gobierno portugués puso á D. Pedro V en el trono del Congo, pidió dos hijos del rey para hacerlos instruir en Loanda. Fué elegido D. Alvaro con otro de sus hermanos, llamado Enrique, quienes permanecieron allí hasta 1867. En esta época el Gobierno de San Pablo, juzgándole capaz de instruir á sus compatriotas, le hizo volver á su país como institutor, prometiéndole al efecto la suma de 5,000 reis fuertes (27 francos 75 céntimos) mensuales. Durante la permanencia de las tropas portuguesas en San Salvador percibió como sueldo 10,000 matares cada mes, es decir, el

valor próximamente de 2 francos 50 céntimos. Mas cuando en 1870 se retiró la guarnición europea, no recibió ya estipendio alguno, y entonces abandonando su escuela buscó un empleo en las factorías.

Su padre, actual rey del Congo, es un anciano septuagenario llamado D. Pedro V, sobrino de D. Enrique, que le precedió en el trono. A la muerte de éste, D. Pedro, aunque como sobrino era heredero presunto, rehusó la dignidad Real. Sus negros quisieron entonces conferirle a D. Álvarez Dongo, uno de los ministros del príncipe difunto. Este llevaba el título de Catenda, y al presente tiene el de Fontila. Mas al saberlo los portugueses, que no querían a Dongo, fueron a San Salvador so pretexto de enterrar al rey, y obligaron a D. Pedro a que aceptase la corona, prometiéndole seguridad y protección, y dejándole al efecto una tropa de cien hombres. Desde 1860 a 1870 los soldados portugueses permanecieron en la capital, hasta que en la última fecha el Gobierno de Loanda envió allí un oficial para retirarlos, en lo que consintió gustoso el rey, diciendo que no le eran necesarios.

La población del Congo tiene las mismas costumbres y hábitos que la del condado de Sogno; y la fe católica que recibió de sus antepasados no está aún completamente extinguida. A pesar de las sugerencias de los protestantes no abandona sus antiguas tradiciones. Como los habitantes de San Antonio, los del Congo tienen su lugar de oraciones, á donde acuden á exponer á Dios sus necesidades. Conservan las imágenes de Nuestro Señor, de la santísima Virgen, de san Antonio, de un santo negro y un gran Crucifijo, preciosos recuerdos de los antiguos misioneros. Los ministros protestantes les conducen á la presencia de las imágenes de Santos venerados por sus padres, y tienen la sacrilega desvergüenza de decirles: «Abandonad este culto infame: ¿no veis que adorais pedazos de madera?» ¡Ah! ¡que no nos sea posible volar inmediatamente en su ayuda, y darles las verdaderas enseñanzas de la fe!

D. García, secretario del rey, aunque no ha recibido las órdenes, hace el oficio de sacerdote y dice un simulacro de misa los domingos. Todo lo que recuerda de esta ceremonia es que debe leerse y cambiar el misal de lugar, siendo de consiguiente esta pretendida misa de muy corta duración. En otro tiempo la repetía todos los domingos, mas desde la llegada de los protestantes se ha enfriado su devoción, de suerte que ya no la dice sino cada quince días. Acompaña también los entierros y reza algunas oraciones ante los sepulcros.

Los habitantes observan aún algunas veces el ayuno de la Cuaresma, y sobre todo profesan profundo respeto á la Semana Santa. Durante la misma cubren con velos todas las imágenes, crucifijos y cruces que tienen en su poder. El Sábado Santo D. García dice también la misa, y cuando entona el *alleluia* oyense en toda la ciudad disparos de fusil á centenares. Igual ejercicio se renueva al anochecer, en que todos van á la iglesia para deponer sus ofrendas, que consisten en telas, alfonsigos, habichuelas, maíz, coral, etc. ¿Es quizá la limosna para las dispensas del ayuno? No lo sé: lo que sí es cierto que D. García de todo se apodera.

La fiesta de san Antonio de Padua es también para ellos ocasión de regocijo. No dejan pasar año sin cele-

brarla el mismo día que le ha consagrado la iglesia, esto es, el 13 de Junio.

—Pero ¿cómo, pregunté á D. Álvarez, pueden conocer los negros la fecha precisa de esta fiesta y la de Pascua, que varía todos los años?

—Entregué á D. García, me respondió, un breviario que indica la Pascua y otras fiestas para cierto número de años, que me entregó un Padre llamado Espitallié (1), á mi paso por Ambriz.

Este venerable compañero oyó también su última confesión, pues desde dicha época D. Álvarez no ha cumplido sus deberes de cristiano.

En los años de sequía ó de hambre los negros invocan el auxilio de Dios, llevando en procesión la imagen de Nuestro Señor.

Asimismo conservan las oraciones en idioma del país, conformes en todo á las de la ciudad de San Antonio y en los mismos términos, aunque su lengua difiere algo de la de los habitantes de Sogno. Los protestantes las hacen recitar por los ancianos, y á lo que parece van á insertarlas en una colección de oraciones ya empezada.

A ocho leguas próximamente de San Salvador, en Kinganga, ducado de Bemba, hay otra iglesia que fué servida por un sacerdote negro, y en la que los habitantes conservan una imagen de san Antonio.

En las inmediaciones de San Salvador encuéntrase cuatro localidades cuyos habitantes son antiguos esclavos rescatados por los Capuchinos, y se llaman, como los de Pinda, *gente de Igreja*: «gentes de iglesia», y no quieren tener relación alguna con los demás negros.

Hé aquí lo que es al presente este querido Congo: los apóstoles del error procuran sembrar en él la mentira, y no obstante el misionero católico encontraría fácil acceso entre estas pobres almas abandonadas. ¿Qué necesita para esto? La gracia divina, sin duda, pues sin ella es incapaz de todo bien; pero es preciso cuenta asimismo con recursos materiales para aliviarles en sus miserias.

¡Ah! si algunas personas caritativas de Europa, tan generosa en limosnas, dirigieran una mirada de compasión sobre este pueblo del Congo, ¡cuánto bien podrían hacer! Aquí hay muchas almas por salvar, y gran número de ángeles rogarían por los bienhechores, y glorificarían á nuestro divino Salvador por toda la eternidad.

Lo mismo puedo decir de los habitantes de Sogno, que parecen animados todavía de mejores disposiciones. Piden ardientemente al sacerdote, y cuando éste se presenta le dan sus hijos para que los bautice. En dos meses veinte recibieron la gracia de la regeneración, y tres adultos fueron purificados por el agua santa antes de comparecer ante el tribunal de Dios. El último que bauticé era un joven de unos veinte años que suspiraba por este Sacramento, cuyos maravillosos efectos le eran ya conocidos, y diez minutos después espiró pronunciando los nombres de Jesús, María y José.

En todas las visitas me suplican que me establezca entre ellos, prometiéndome hacerse instruir y abrazar nuestra santa religión. El catequista cuenta ya con al-

(1) El Rdo. P. Espitallié, misionero de la Congregación del Espíritu Santo y del sagrado Corazón de María, murió en San Pablo de Loanda el lunes de Pascua, 29 de Marzo de 1869, arrebatado por un acceso de fiebre cerebral, unos tres años después de su llegada al Congo. Esta fué la primera víctima de aquella Misión desde que fué confiada á dicha Congregación.

gunos catecúmenos que asisten á sus lecciones de una manera regular, y tambien hay otros que acuden por intervalos. Esperemos que con la gracia de Dios esta Mision reportará algunos frutos para el cielo.

Carta del Rdo. P. Delorme, misionero.

Santa María del Gabon, 20 de Enero de 1881.

El 4 de Diciembre de 1880 partí de la estacion de San Pablo de Dongila para dirigirme á Santa María, á donde me llamaba el Ilmo. Le Berre con objeto de que hiciese una excursion al Ogowé. En efecto, el 18 del mismo mes embarqué á bordo del vaporcito de hélice el *Mpongúé*, propiedad de la casa alemana establecida en el Gabon y que cuenta vastos establecimientos en la costa. Tuve por compañero de viaje al Dr. Reading, que iba á reunirse con su compatriota el Dr. Bachelor, en una Mision americana fundada algunos años há. Regocijábame la idea de que en breve los misioneros católicos se establecerian tambien en medio de esta numerosa é interesante poblacion. Mi segundo compañero de viaje era el excelente Sr. de Brazza, quien hace cinco años trabaja con valor invencible en unir el alto Zairo con el Gabon por el Ogowé. Al presente está á punto de terminar su penosa pero noble tarea.

Voy á daros algunos pormenores acerca mi viaje al Ogowé, rio que remonté hasta la distancia de 180 millas hácia el interior. Añadiré asimismo algunas palabras sobre los diferentes pueblos que visité y el lugar que escogí para nuestra estacion.

Del Gabon á la embocadura del Ogowé se cuenta una distancia de 90 millas. Despues de seguir las costas de Denis y aún más léjos, desde medio dia hasta las diez y treinta minutos de la noche, el *Mpongúé* fondeó frente las bocas del Ogowé, y á las seis de la mañana siguiente levó el áncora y empezó á remontar el célebre rio. Pronto llegámos á Angola, último pueblo orungu situado en la orilla derecha, y en donde se encuentra Enrique, el aduanero, antiguo discípulo de la Mision, quien así que me vió vino con otros Gaboneses que con él viven á pedirme noticias de nuestro Prelado y de todos los misioneros. El anciano rey de Angola subió tambien á bordo: iba literalmente cargado de fetiches, como no lo he visto en cuantos pueblos he tenido ocasion de visitar. Quejóse tanto al Sr. de Brazza de que se le hubiese arrebatado su rio, que por fin obtuvo un cigarro y una botella de *alugu* (aguardiente).

Los primeros pueblos que se encuentran remontando el rio son algunas aldeas de Orungus, los Nkomis y los Camas. El país está generalmente muy poco elevado sobre el nivel del rio; así es que en parte queda inundado en la estacion de las grandes lluvias, y los despojos que entonces cubren el suelo, descomponiéndose por el calor, contribuyen á que dicha region sea más ó menos malsana. No creo que pueda establecerse una Mision entre los Nkomis y los Camas del bajo Ogowé, cuanto más que el grueso de la poblacion se encuentra hácia el Sur, del lado del mar, entre el cabo de Lopez y la punta de Santa Catalina.

A medida que se va remontando el rio el país aparece más descubierto, agradable á la vista y elevado sobre el nivel del agua. Los paletuvios desaparecen completa-

mente para dar lugar á las palmeras y á gran variedad de árboles. Despues de los Nkomis y de los Camas vienen los Galeses, los Eningas y los Adyombas. Como los dos precedentes, estos tres nuevos pueblos hablan la lengua pongua absolutamente como en Gabon; son muy pacíficos y demuestran exteriormente, como los Gaboneses, suma cortesía. En todos los pueblos que visité fui bien acogido, y los padres me prometieron sus hijos.

«Deseamos, me decian, que nuestros hijos conozcan los libros y hablen y escriban en la lengua de los misioneros católicos: éstos queremos, y no los ingleses.»

Todos estos pueblos se entregan á las prácticas supersticiosas del fetichismo; pero me parece que no son tan fanáticos como los del cabo de Lopez, por ejemplo. En los lugares que pude visitar no tuvieron dificultad en entregar fetiches á cambio de medallas. Cuando les hablaba de Dios, del bautismo y del matrimonio cristiano todos me escuchaban atentamente y parecian satisfechos. Cierta dia que una madre me oyó predicar sobre el bautismo y sobre el cielo que éste procura á los niños, trájome su hijito y su tierna niña, suplicándome que los bautizara. Pudiera citar otros detalles de esta clase en favor de los Galeses, pero los reservo para otro dia, y prosigo la relacion de mi viaje por el Ogowé.

Hemos recorrido una distancia de 110 millas. Tras los Galeses, los Eningas y los Adyombas vienen los Bakaleses y los innumerables Pahuinos.

Estos ocupan la orilla derecha del rio, y los Bakaleses la izquierda. Hay entre ambos pueblos continuas guerras; y los Pahuinos concluirán por hacer en el Ogowé lo que han hecho ya en el Como y en el Rhembué: quedarán al fin únicos dueños, pues son más fuertes. He tenido ocasion de visitar algunas de sus poblaciones. Los habitantes se parecen absolutamente á los de San Pablo de Dongila, en el Como: admiranse de ver al misionero, y todos los niños le rodean y siguen hasta la orilla del rio, en donde se embarca en su piragua. Los Pahuinos serán siempre nuestros mejores amigos, y me persuado que nos han de dar con el tiempo los mayores consuelos. Y esto por dos razones: primero, porque no están enervados por el vicio, contándose entre ellos muchos niños; y luego, porque no tienen esclavos ni sacrificios humanos. Los Bakaleses, al contrario, son seres sumamente embrutecidos y contra quienes la sangre de los esclavos, injustamente derramada, clama venganza al cielo. «Los Bakaleses, me dijo un dia el doctor americano Bachelor, tienen la cabeza de bronce y el corazon de cobre. Nada se conseguirá de ellos. Establecí mi primera mision en uno de sus pueblos, mas habiendo muerto el jefe me acusaron de haberle envenenado, saquearon mi casa y á duras penas pude escaparme. Dos de los niños que estaban conmigo fueron inmolados.»

Cuando se ha pasado el país que ocupan los dos pueblos aludidos, se llega á las corrientes que hacen la navegacion muy difícil y peligrosísima. Estas consisten en bancos de rocas planas que atraviesan el rio y se extienden de una á otra orilla; situadas á regulares distancias, y algunas bastante próximas. Cuando es escaso el caudal del rio hay que descargar las piraguas, izarlas en seguida sobre las rocas por medio de cuerdas, y cargarlas de nuevo, lo que es sumamente fatigoso y exige mucho tiempo. En la estacion de las grandes lluvias, por el con-

trario, todas las rocas quedan sumergidas, y las aguas, pasando por encima con extraordinaria velocidad, forman entre uno y otro banco remolinos que, cuando menos se piensa, cogen la piragua y la hacen dar vueltas sobre sí misma. Esta se zambulle, y reaparece en la orilla opuesta. ¡Infeliz entonces el que no se asegura fuertemente, pues será lanzado á gran distancia y arrastrado por la corriente! No es raro que tenga que deplorarse la muerte de viajeros ó pérdidas materiales de consideración. Una vez pasados estos escollos el río vuelve á ser navegable, y se encuentran diferentes tribus, como los Okandas, los Oshebas, los Adumas, los Ondumas, etc.

Me pareció no ser llegado todavía el momento de instalar un puesto más allá de estas corrientes, y que nuestro primer establecimiento en el Ogowé debía estar á cierta proximidad de las factorías europeas, como demostraré luego. Me abstuve, por lo tanto, de ir más lejos y de remontar con el Sr. de Brazza hasta el país de los Okandas y de los Adumas. Este viaje se hará más tarde, si tal es la voluntad de Dios. Aquí no puedo pasar en silencio la acogida que aquellas buenas gentes dispensaron á dicho señor al volver á verle. Nunca he presenciado espectáculo más conmovedor. Era verdaderamente el padre que encontraba á sus hijos y los hijos que encontraban á su padre. Esos Okandas y Adumas son numerosísimos, y en su rostro nótase un sello de candor y honradez que no se advierte en los otros pueblos. Remontando el Ogowé encuéntranse las factorías Schulze y Jobé, dirigidas por negros.

Antes de decidirme respecto á la elección de un emplazamiento quise recorrer con el vapor el río Ngunié, afluente considerable del Ogowé, del que se me había hablado mucho, y lo remonté hasta la distancia de 50 millas próximamente. Por allí ví tres lugares muy propios para emplazamientos de una Mision. Los pueblos que habitan sus orillas son principalmente los Ivilis, los Ivetilas y los Ishivas, todos muy pacíficos, pero excesivamente pobres. En estas riberas sobre todo tiene lugar todavía la venta de esclavos. Así á mi regreso á Santa María interrogué á varios niños esclavos de los Pongués, y casi todos me respondieron que venían del Ngunié. Mucho me aflige la desventura de estos pueblos, y aunque no ha llegado todavía el momento de establecernos entre ellos, confío que no tardará. Por lo demás, el lugar escogido para nuestra primera estacion no está muy distante, y si tengo la dicha de ser enviado á ella me propongo hacer á dicho punto frecuentes visitas apostólicas.

Las dos casas, alemana é inglesa, cuentan allí numerosos tratantes Senegaleses y Gaboneses: también encontré á muchos de nuestros antiguos discípulos, al presente empleados en las mismas factorías. Del Ngunié principalmente sacan los comerciantes la mayor cantidad de *cautchuc*: el marfil y el ébano vienen sobre todo del alto Ogowé. La actividad que emplean los comerciantes para explotar estos países es verdaderamente increíble: la factoría alemana tiene allí 44 tratantes y más de 700 empleados. ¡Que no tengamos nosotros un número mayor de misioneros para enviarlos á esos pobres pueblos!

La Mision americana se encuentra, como un nido en la cumbre de un elevado monte, á 150 metros sobre el nivel del río. Dudo mucho que nunca llegue á

fundarse un pueblo en sus inmediaciones, pues la pendiente es sumamente rápida. Fui con el Sr. de Brazza á visitar el establecimiento, en el que hay dos ministros y otras tantas *ministras*. Todos nos recibieron cortesmente, y el Dr. Bachelor en particular estuvo muy complaciente conmigo. Me ofreció su canoa y sus remeros siempre que los necesitase, y puso su farmacia á mi disposición. Los negros le llaman Oganga (médico), y su Mision es conocida con el nombre de Nomba Yanto (montaña de las mujeres), probablemente á causa de las dos *ministras*. El Dr. Bachelor estuvo primeramente establecido más arriba en el Ogowé, en un hermoso lugar entre los Bakaleses, pero éstos, como dije, le obligaron á emprender la fuga.

El punto que me parece más á propósito para instalar nuestra primera estacion en el Ogowé es la misma isla en que hay las factorías de Schulze y Jobé. Estas se hallan al pié de la vertiente Sur de la montaña, y la Mision sería establecida á la mitad de la pendiente opuesta. Allí habría un camino por tierra que conduciría á las factorías.

Esta isla dista 220 millas del Gabon y 120 del mar, á 8° 13' de longitud y 0° 43' de latitud meridional.

Escogería este lugar por los siguientes motivos:

1.º Está bastante lejos de las factorías para que no incomoden el ruido ú otros inconvenientes, y suficiente cercano para que pueda irse á ellas fácilmente.

2.º Los vaporcitos de los comerciantes y del Gobierno, que necesariamente deben aprovisionarnos y á cuyo bordo tenemos que tomar pasaje de ida y vuelta, sólo remontan hasta dichas factorías.

3.º Es el mejor punto de reunion para todos nuestros antiguos cristianos ocupados en el comercio en el Ogowé, y que me suplican construya mi choza á corta distancia de las factorías.

4.º El lugar me parece sano; está á 25 metros sobre el nivel del río, y corre por él un riachuelo de agua excelente que no se agota ni en la estacion más seca.

5.º El Padre podrá desde allí visitar en todo tiempo, por tierra, cinco poblaciones galesas: la más inmediata á su choza estará á una distancia de 800 metros por lo menos, y así no le turbará por la noche el ruido del tam-tam.

6.º Si el misionero cruza el brazo de río que corre entre la isla y el continente, se encuentra en frente de dos pueblos pahuinos, y otro galés muy considerable; si por el contrario se dirige á la parte del Este estará en relacion, por así decirlo, con toda la poblacion de Eningas, establecida sobre una lengua de tierra entre el río y las lagunas.

7.º Los Padres, establecidos á corta distancia de las factorías, estarán mejor al abrigo de las triquiñuelas de los negros, quienes á veces aman tanto á los misioneros que quisieran conservarlos como prisioneros en su compañía. Así me sucedió una vez en San Pablo de Dongila, donde teniendo noticia el anciano rey Schoké (véase su retrato en la pág. 485) de que yo debía partir para visitar un pueblo vecino, mandó esconder mi piragua en los paletuvios del río la víspera de mi partida, haciendo de este modo imposible mi viaje.

8.º Los Pahuinos, contenidos por el miedo al cañon de las factorías, no se atreverán á venir á luchar con los

galeses y otras gentes establecidas en la isla. Esto lo comprende perfectamente ahora el ministro americano doctor Bachelor. Durante la noche se ve hostigado por los ladrones, que devastan su jardín y le arrebatan sus gallinas y otros animales domésticos. El pobre caballero está actualmente bajo tal impresion de temor que ha perdido el apetito y el sueño, y si no muere se verá obligado á repatriarse en breve.

En el momento en que trataba de volver al Gabon llegó el vaporcito del Gobierno francés el *Arbalète*, mandado por el Sr. Pi, quien me concedió pasaje en él con toda la bondad que le distingue.

NEUCHÂTEL.

Tenemos á la vista un escrito publicado por el presbítero Ch. de Remy; compendio corto y completo de las vicisitudes por que han pasado hace tres siglos y medio los católicos de Neuchâtel. Deseando compartir con nuestros lectores el interés que nos ha inspirado este estudio histórico, lo reproducimos casi íntegro.

I.

ESTABLECIMIENTO DEL PROTESTANTISMO EN NEUCHÂTEL.

La Reforma fué importada á Neuchâtel en el mes de Diciembre de 1529 por Guillermo Farel, originario de Gap en el Delfinado.

Este fogoso predicador habia explorado ya, en compañía de su discípulo Pedro Viret de Orbe, el país de Vaud; pero habia encontrado el pueblo firmemente aherado á la antigua fe, y dispuesto á rechazar, hasta por medio de la fuerza, las tentativas para atraerle al cisma. Farel encontró mejor acogida en Serriere, donde la concivencia con un sacerdote predicador (el canónigo y cura Emer Beynon, sucursalista de San Imier), le proporcionó ocasion de difundir su doctrina. En aquel punto tambien y en el establecimiento de Pedro Vingle se imprimió en 1535 la primera edicion hugonote en francés de la Biblia.

La permanencia de Farel en Neuchâtel fué entonces corta, dejando esta ciudad el 22 de Diciembre de 1529, volviendo en el mes de Junio del año siguiente despues de recorrer en aquel intervalo Morat, el bailiaje de Aigle y de Valde Tavanne. Farel era un hombre de iniciativa y de audacia, y el celo que desplegó en la propaganda del error era seguramente digno de mejor causa. Tuvo que luchar en Neuchâtel contra la oposicion del gobernador Jorge de Rive, de los canónigos y de la parte más sana de la poblacion; pero supo reclutar adeptos entre la clase media y entre los soldados jóvenes que acababan de servir bajo las banderas de Berna en las guerras de religion. Sus Excelencias bernesas interponian en todas partes su influencia para el establecimiento de la Reforma, y allí donde no se presentaban sus armas trabajaba su diplomacia.

Este apoyo comunicaba fortaleza á los sectarios, que contaban anticipadamente que habian de quedar impunes todos sus actos, y esto hacia que se entregasen casi todos los dias á las mayores violencias contra la religion católica. Tan pronto fijaban carteles injuriosos consignando «que todos los que dicen misa son ladrones, bandidos y seductores del pueblo,» como penetraban á viva fuerza en las iglesias, mutilaban y robaban las imágenes

y las estatuas de los santos. Las jornadas del 22 y 23 de Octubre se señalaron particularmente por hazañas de este género.

El 22 un grupo de facciosos derribó y mutiló las imágenes que habia en la parte baja de la ciudad, y se preparaba á invadir la morada de los canónigos, cuando llegó el gobernador Jorge de Rive á tiempo para poner coto al desman. Pero el dia siguiente comenzó de nuevo el tumulto, y fué tomada por asalto, digámoslo así, la iglesia del castillo, magnífica colegial dedicada á la Virgen. Guillermo Farel se instaló en ella, y pronunció uno de sus más violentos discursos, que sus fanáticos oyentes convirtieron inmediatamente en práctica quemando altares y estatuas, profanando las santas Hostias, y cometiendo los excesos de un sacrilego vandalismo, escapando tan sólo de la total destruccion el mausoleo de los condes de Neuchâtel. Confundiendo en su ciego furor los monumentos de arte con los símbolos de lo que llamaban idolatría papista, desportillaron algunas estatuas que tomaron por imágenes de santos; y á fin de perpetuar la memoria de aquella famosa jornada colocaron la siguiente inscripcion que aún existe en dicho templo: «El 23 de Octubre del año 1530 fué arrojada de este recinto la idolatría.»

El gobernador Jorge de Rive, lugarteniente de la princesa Juana de Hochberg, fué testigo pasivo de aquellas violencias; pues, impotente para reprimir la sedicion, se limitó á protestar y á lamentarse. Algunos dias despues se le obligó por los berneses á conceder el voto al vecindario (1). El 4 de Noviembre se procedió además á una especie de plebiscito, muy en uso en aquella época, para zanjar las cuestiones religiosas. Una mayoría de diez y ocho votos se pronunció por la *predicacion* contra la misa, y ésta quedó desde entonces suprimida y entredicha en Neuchâtel. Por esto se puede juzgar cuán mal entendida estaba en el siglo XVI la libertad religiosa é individual, pues la religion estaba subordinada al capricho del sufragio universal, teniendo la minoría que someterse á emigrar.

Algunos dias despues, yendo dos de aquellos sectarios á la viña, pasaron por delante de una capilla dedicada á san Juan.

—Hé aquí un santo, dijo uno de ellos llamado Fauche, con el cual calentaré mañana mi sarten.

Y al regresar á su casa se apoderó de la estatua de san Juan y se la llevó. Al dia siguiente la arrojó al fuego; pero dejóse oír de repente una detonacion, y Fauche cayó de espaldas como herido por un rayo. Los autores protestantes son los que nos han suministrado este detalle, si bien añaden que un mal intencionado habia hecho un agujero á la estatua, llenándola de pólvora. Mas sea cual fuere la causa, Fauche vió en aquel incidente, del cual debió ser víctima, una advertencia del cielo, y deseoso de enmienda retiróse á Morteau, y se manifestó el resto de sus dias fervoroso católico.

Aunque se abolió oficialmente la misa por el plebiscito del 4 de Noviembre, continuóse sin embargo celebrándose en la capilla del castillo, residencia de la princesa, y en varias casas particulares donde los sacerdotes

(1) El gobernador de Rive nos parece sin embargo que observó una conducta bastante equívoca, haciendo el papel de Pilato. En todo caso su fe era muy débil, pues algunos años más tarde apostató, y abrazó la Reforma.

y los fieles tenían sus reuniones religiosas, á semejanza de las de los primeros cristianos en las catacumbas. El antiguo culto contaba aún ardientes partidarios en la nobleza y en el pueblo bajo. Recobrados los espíritus de su primer estupor, se preparaban ya para una pública restauracion del Catolicismo para la fiesta de Navidad de 1530, menos de dos meses despues del voto del 4 de Noviembre. Pero los berneses tuvieron noticia de este proyecto, y valiéronse de tales intrigas y amenazas, que en la ciudad de Neuchatel no se trató más de tal cuestion.

Los mismos medios que dieron el triunfo al protestantismo en la capital, se emplearon con no menos éxito en el resto del país. El pueblo estaba en todas partes muy aferrado á la antigua creencia y costumbres; muy léjos de suspirar por un cambio de religion, rechazaba formalmente y por todos los medios que tenía á su alcance las novedades profanas que trataban de imponerle. La dicha Reforma no respondía, pues, á una necesidad generalmente sentida; no fué una generacion espontánea del suelo neuchatelense, sí que una importacion de origen exótico, el fruto de la seduccion y de la violencia.

El protestantismo se introdujo en el valle de Ruz por Dombresson. Esta parroquia dependía del Capitulo de San Imier como Serriere; mas habiendo abrazado los bieneses la Reforma, se colocaron en el lugar de los canónigos que habian despojado y suprimido, apresurándose ante todo á enviar á Dombresson un predicador, en oposicion al Cura legitimo, el canónigo Gallot, que era poderosamente sostenido por Guillerma de Vergy, condesa de Valangin, ferviente católica. Ambos cultos se mantuvieron algun tiempo frente á frente en Dombresson, encontrándose así dividida la parroquia en dos campos; pero los bieneses tomaron tan calurosamente la causa de su ministro, que el Cura católico no tardó en ser despojado, y tuvo que ceder su puesto al intruso Marmond.

Habiendo fijado Farel su residencia en Neuchatel, constituyó esta ciudad en centro de una activa propaganda, haciendo desde allí excursiones á los diferentes pueblos, en los cuales tenía la costumbre de penetrar en las iglesias en las horas del servicio divino, subiéndose al púlpito sin pedir permiso á nadie, con frecuencia á pesar de las reclamaciones y la oposicion del clero y de los fieles, y poniéndose á charlar contra todo lo que el pueblo habia venerado hasta entonces, como la misa, el santo Sacramento, el culto de la Virgen y de los Santos, pasando á menudo de las palabras á las obras, y quemando por sus propias manos los crucifijos y las imágenes, cuyo proceder no brillaba, como se ve, por su evangélica dulzura. Lo que no hacia por sí mismo lo hacia llevar á cabo por sus discípulos y secuaces, entre los cuales fueron los más celosos Antonio Boyve y el médico Cristóbal Libertet Fabry, ambos originarios como él del Delfinado.

El 15 de Agosto de 1530 Farel, acompañado del joven Boyve, fué á Boudevilliers, y penetró en la iglesia en el momento en que se celebraba misa. Al llegar á la Elevacion Boyve se lanzó al altar, y arrancando de manos del sacerdote la Hostia, exclamó:

—No es á este Dios de pasta al que se debe adorar.

El verdadero Dios está en el cielo en la majestad del Padre, y no en las manos del sacerdote.

Este incidente dióle á Farel motivo para un discurso contra la presencia real.

En otra ocasion, en un domingo de invierno, trasladó el reformador á Valangin escoltado por varios jóvenes, y se fué directamente á la iglesia colegial de San Pedro. Como le negasen la entrada apeló como de costumbre á la violencia, rechazando á los oficiales y á los servidores de la condesa, y diciéndoles que él seria mucho más fuerte y que les daría que hacer. Penetró por consiguiente en la iglesia por encima de todo, subió al púlpito y pronunció una larga y furibunda arenga con la esperanza de promover un tumulto, siendo inútil que la Sra. de Vergy le hiciese intimar varias veces que bajase de la sagrada tribuna. La condesa tuvo que esperar á la puerta de la iglesia á que el herético terminase su prédica, no pudiendo contenerse de decirle:

—No creo que vuestro proceder esté conforme con los antiguos Evangelios; me asombra que haya otros modernos que lo permitan (1).

Farel estuvo expuesto á pagar con frecuencia muy cara su temeridad; pues no encontraba en todas partes auditorios dispuestos á oír con sangre fria sus blasfemias é impiedades. La indignacion popular se traslucía en más de una localidad, como en Valangin, San Blas, Corcelles y otras, por hechos que, por desagradables que fuesen, no se podrian condenar en absoluto. En el fondo, los católicos no hacian más que defenderse: defendían sus creencias y su culto contra injustos ataques; contestaban á insolentes provocaciones con los únicos argumentos á los cuales los titulados reformadores se mostraban sensibles. Farel y sus partidarios estuvieron, pues, más de una vez á punto de ser asesinados. Pero tenían una gran fe en la Providencia representada por Sus Excelencias de Berna, y en algun mal negocio á que Farel se dejó arrastrar, siempre se le apareció el Oso de Berna como el *deus ex machina* para salvarle del peligro ó sacarle del apuro. Se sentía fuerte con este apoyo, y esto era lo que le comunicaba tan increíble audacia.

Por esta sola muestra puede juzgarse de la diferencia enorme entre los reformadores del siglo XVI y los primeros apóstoles del Cristianismo. Estos predicaron el Evangelio sin el concurso y á pesar de la oposicion de las potencias seculares; aquellos no han conseguido ningun éxito más que en los países donde han contado con ayuda y los auxilios de los Gobiernos civiles.

Farel tenía gran número de emisarios que enviaba á todos los países. Do quiera que los adeptos de la Reforma se encontraban en cierto número, se limitaban desde luego á reclamar un edicto de tolerancia; pero así que se sentían los más fuertes se apresuraban á borrar y destruir todo vestigio de catolicismo. En el siglo XVI, como en nuestros dias, habia bastantes gentes que entendían por libertad el derecho de oprimir toda convicción opuesta á la suya. No es esta la verdadera libertad, pero esta ha sido siempre y sigue siendo todavía la táctica de los liberticidas.

(1) Todos los detalles que preceden están sacados textualmente de las historias neuchatelenses protestantes, entre otras de la *Historia popular del país de Neuchatel*, por Junod.

Quizás se nos preguntará cuál fué la conducta del clero neuchateliense en aquella época de revolucion religiosa. Este clero ha sido, como es público, muy vilipendiado por historiadores y cronistas interesados en oscurecerle, y creemos que se le ha calumniado, y que tendríamos mucho con que rebatir los graves cargos que se le han imputado. Ha podido tener sin duda sus lunares, sus imperfecciones, sus manchas y sus sombras; pero al lado de esto ¡cuántas sublimes virtudes, cuántos modestos sacrificios, cuántos puntos luminosos! Hubo sin duda sacerdotes prevaricadores, que abrazaron el nuevo evangelio y fueron los primeros ministros de las parroquias de que habían sido los últimos curas. Pero este ejemplo no fué generalmente seguido. Muchos otros eclesiásticos, entre los cuales citaríamos varios canónigos de Neuchatel y el venerado Besancenet, cura del Locle, muerto en Morteau el 13 de Mayo de 1593, prefirieron el destierro á la apostasia; prefirieron vivir pobres en tierra extraña, á compartir á costa de la deshonra los treinta dineros de Judas.

Mientras que la titulada Reforma se extendía por toda la comarca neuchateliense, dos localidades ofrecieron en medio de la general defección un noble y consolador espectáculo. Rodeadas por todas partes é inundadas, por decirlo así, por las hinchadas olas de la herejía, aquellas dos localidades permanecieron inquebrantablemente afeerradas á la antigua doctrina, poniendo en práctica la vieja divisa: *Haç lo que debas, venga lo que viniere*. Centinelas perdidas en medio del enemigo, Landeron y Cressier no permitieron nunca que se empañara el honor del pabellon, conservando con celoso cuidado el precioso depósito de la verdadera fe y esperando con paciencia la hora providencial de la resurrección del catolicismo en Neuchatel, que tarde ó temprano había de sonar.

(Se continuará).

CRÓNICA.

Bulgaria. — Ha regresado de su peregrinación á Roma el Ilmo. Nil Isvorof, obispo-administrador de los búlgaros-unidos. A su vuelta ha permanecido algun tiempo en Rustchuk, su país natal, de donde había sido obispo cismático. La población búlgara no-unida de dicho punto había quedado enteramente satisfecha de la administración del Ilmo. Nil Isvorof, y es muy posible que se operé allí un notable movimiento de conversiones. El Prelado se dirigió después á Andrinópolis para visitar sus Misiones, y de allí partió de nuevo para Salónica, principal teatro de su apostolado, con el propósito de volver á Constantinopla para recabar de la Puerta algunas medidas preservativas contra la persecución suscitada por los griegos con el fin de detener el movimiento de conversión. Si el clero búlgaro-unido tuviese recursos más abundantes, si pudiesen fundarse escuelas para niños y niñas en los puntos culminantes de Macedonia y de la provincia de Andrinópolis, ese movimiento tomaría mayores proporciones. Leon XIII mira con especial predilección la conversión de ese pueblo, que dirigiría sus brazos hacia Roma con más facilidad que los griegos focenses; y por lo tanto es necesario que el Occidente católico preste su cooperación á las miras del Soberano Pontífice. Es indispensable abrir un seminario búlgaro, y el Ilmo. Nil Isvorof no cuenta con recursos suficientes para esta fundación.

— Nuestro grabado de la pág. 488 representa la iglesia católica de Caragacht, población poco distante de Andrinópolis, en la cual acostumbra pasar el verano la mayor parte de los católicos de esta ciudad. Cuidan de dicha iglesia los Padres Conventuales, encargados de los católicos del rito latino. Los Padres Agustinos y las Oblatas de la Asunción dirigen un colegio y diversas escuelas muy frecuentadas.

Asia Menor. — Una carta de Angora nos comunica las siguientes noticias:

«Durante la Misión que el Rdo. Kirmizian predicaba en la catedral de Angora, presentose en la sacristía un armenio cismático, diciendo:

«—Mi hijo se muere, y antes de rendir el último suspiro pide se le admita en la comunión católica.

«Fué presuroso uno de los capellanes de la catedral, el Rdo. Hililian; é introducido cerca del enfermo, para probar la sinceridad de su resolución, le preguntó:

«—¿Por qué me has preferido á vuestros *derders* (1)?

«—Padre mío, respondió el muchacho con ingenuidad; he oído decir á mis condiscípulos católicos que si se muere en el cisma no hay salvación, y por esto deseo ser admitido en la Iglesia católica.

«Al oír esta respuesta de la boca de un niño de catorce años, el reverendo Hililian le consoló, le animó y preparó para la Confesión. Pocos días después vino á aumentar el número de los católicos de Angora. Dios había destinado á este niño para ser el apóstol de su familia. Su padre y su tío han prometido seguir pronto su ejemplo; y aunque los cismáticos han querido disuadirles con promesas de dinero, amenazas y seducciones, todo ha sido inútil, y han permanecido firmes en su fe.

«Se ha convertido también un joven gregoriano cismático, de veinticinco años, inteligente, doméstico de una familia católica, en cuyo seno había notado la diferencia de moral de sus amos y de sus correligionarios.

«¿Cuántas conversiones podríamos contar cada semana si tuviésemos escuelas bien organizadas segun los deseos de nuestro santísimo Padre Leon XIII!

«Los protestantes, comprendiendo la importancia de ellas para pagar sus errores, pónenlo todo en obra para abrir otras nuevas, y distribuyen profusamente biblias protestantes traducidas en la lengua del país.

«Uno de los sacerdotes de la diócesis, el Rdo. Dodorian, ha partido para la Misión de Newschehir (cerca de Cesarea), cuyos habitantes, en su mayor parte cismáticos, hace algun tiempo pedían un sacerdote católico. A pesar de nuestros buenos deseos, parecía difícil en las circunstancias en que se encuentra nuestro patriarcado crear nuevas Misiones; pero confiados en Dios y contando con la generosidad de la Europa católica, no hemos vacilado más.

«En medio de nuestros consuelos no nos faltan dolores: el hambre es inminente, no por falta de lluvia, sino á causa de la langosta que el año pasado asoló estos campos. A su paso este insecto devastador depositó en tierra sus huevos: al acercarse la primavera comenzaron á abrirse, y en un par de semanas los insectos nacidos fueron tan numerosos que en breve tapizaron llanos, colinas, valles y montañas.

«El gobernador, Kurchid-bajá, ordenó bajo pena de multa á todos los hombres que fuésen á recoger aquellos gusanillos, y por espacio de muchos días sólo tuvieron autorización para abrir sus tiendas los panaderos y farmacéuticos. A 900,000 kilogramos sube la pequeña langosta recogida, pero nada es en comparación de lo que falta. Por desgracia los campesinos musulmanes se niegan á tocar esos insectos so pretexto de que, no pudiendo criar, tampoco pueden destruir. Igual doctrina predicán los *imanes*, ellos que con toda facilidad permiten asesinar á un cristiano para robarle algunos céntimos. Así es que esas gentes, en extremo ignorantes y demasiado confiadas en la palabra de los *imanes*, dejan sus campos á merced de la langosta.

«En cuanto á los cristianos, á la vez que trabajan activamente en destruir estas miríadas de insectos, dirígense por medio de tríduos y procesiones al Dios de las misericordias.

«¡Recuerden nuestros hermanos de Europa, en este tiempo de Jubileo, la desgracia que aflige á este país tan duramente probado, y acudan por vuestra mediación en nuestro auxilio con abundantes limosnas!»

Mesopotamia. — El P. Duval, prefecto apostólico de los misioneros Dominicos, escribe desde Mossul:

«En medio de los incesantes trabajos á que en su solicitud pastoral atiende el Vicario de Jesucristo en los azarosos tiempos que atravesamos, Leon XIII dirige con predilección al Oriente una mirada de amor y de esperanza.

«Parece haber recibido del cielo una misión providencial en favor de este Oriente combatido hace siglos por violenta tempestad. Las iglesias orientales han sido indudablemente muy culpables en su apostasia, pero los castigos que la han seguido, las humillaciones á

(1) Clérigos armenio-cismáticos.

que las ha entregado la mano que sobre ellas pesa, el estado de envilecimiento y de servidumbre en que han caído, ¿no basta todo esto para apaciguar la cólera de un Dios justamente irritado?

«Como quiera que sea, nosotros misioneros del Oriente tenemos á gran dicha responder diligentemente á la voz del Vicario de Jesucristo y secundar con nuestros esfuerzos los proyectos que alimenta en su corazón por la regeneración del Oriente.

«A este fin dos de nuestros misioneros, los Rdos. PP. Rhétoré y Duplan, acaban de partir para Armenia, y otros, así lo espero, les seguirán de cerca para ayudarles en sus trabajos. Yo mismo tengo intención de juntarme á ellos cuanto antes para fijar de una manera definitiva el lugar en que estableceremos el centro de nuestras operaciones. De momento puedo decirles que nuestra acción está llamada á ejercitarse de un modo especial en la comarca comprendida entre Van, Muche, Seurth y Bitlis.

«Para dar cima á esta obra nueva no contamos actualmente más que con nuestra buena voluntad y las esperanzas que fundamos en la caridad de los católicos.

«En esta Mision todo está por crear, pero el primer cuidado de nuestros misioneros, una vez llegados á dicho país, será abrir escuelas. Por este medio, efectivamente, la luz de la fe penetra en los espíritus y esparce su luz en el seno de las familias. Sería, pues, de desear que inmediatamente pudiésemos tener escuelas en las cuatro localidades mencionadas.

«Os ruego con instancia que tengais á bien recomendar á vuestros lectores la obra que emprendemos bajo los auspicios de la Santa Sede y para responder á su llamamiento y á sus deseos.»

China.— Los sacerdotes indígenas, que tan preciosa ayuda prestan á los misioneros católicos, tienen sobre éstos la ventaja de poseer más á fondo la lengua del país, de conocer perfectamente la literatura, y de emplear con más facilidad un estilo puro y clásico para combatir las supersticiones populares. Estas reflexiones nos sugiere una excelente obra debida á la pluma del distinguido sacerdote chino, el P. Pedro Hoang. Consta de seis tomos y se titula: *Tsi-chuo-tsiun-chen*, es decir: *La verdad demostrada por los textos reunidos*.

«El P. Hoang, dice el *Hong-Kong Catholic Register*, conoce exactamente la situación de los cristianos en China. Muy versado en la historia eclesiástica, ha seguido el método de los antiguos apologistas del Cristianismo, apoyándose en los textos de los más acérrimos partidarios del paganismo para probar la falsedad de sus creencias. No es raro oír á los chinos quejarse de que los cristianos desnaturalizan la historia de sus ídolos. El P. Hoang, que está muy al corriente de los más célebres escritos en favor de las supersticiones chinas, combate á sus antagonistas en su propio terreno y les vence con sus propias armas.

«En los cinco primeros tomos de su admirable trabajo el P. Hoang traza la historia de 154 ídolos adorados en China; apoya frecuentemente su tesis con largos pasajes de autores paganos, y á veces se limita á resumirlos. Primero expone con perfecta lealtad los argumentos favorables al paganismo; luego los combate con citas entresacadas también de escritores paganos, y concluye probando con argumentos irrefutables lo absurdo de la mitología.

«El sexto volumen rebate victoriosamente los tres principales sistemas religiosos: religión de Confucio, budismo, y racionalismo de Lao-tseu. Hace resaltar sus contradicciones comparándolas entre sí, y muestra cuán ridículas son por confesión de sus mismos partidarios. El sabio autor añade dos disertaciones para probar la existencia de Dios, y proporciona medios para reconocer los milagros verdaderos de los falsos; deduciendo lógica y evidentemente que no debe darse el menor crédito á los falsos milagros de Budha. Al fin pone el P. Hoang una importante tabla cronológica de los períodos durante los cuales han acontecido los hechos de que ha dado cuenta.»

Hu-pe oriental (China).—El Ilmo. Zanoli comunicaba últimamente los siguientes datos que demuestran cuánto ha progresado aquella Mision de cuatro años á esta parte:

«En 1877 tuvimos 250 bautismos de adultos; en 1878 llegaron á 312; en 1879 á 432, y en 1880 á 464.

«Durante el año último bautizamos además 6,224 niños de infieles. Las cristiandades son en número de 260; los cristianos inscritos 11,479. Cuenta el vicariato 18 misioneros europeos, 12 sacerdotes indígenas, 26 seminaristas, 27 colegiales, 15 religiosas Canosianas y 39 Terciarias indígenas. El número de huérfanos de ambos sexos recogidos es de 2,082. En el hospital tenemos 402 enfermos y 93 viudas abandonadas, y los enfermos asistidos á domicilio pasan de 2,600.

«Mis recursos no bastan para cubrir tantas necesidades, y gasto más de lo que recibo. Gracias á la encíclica de nuestro santísimo Padre Leon XIII en favor de la *Obra de la propagación de la fe*, confío llegarán recursos más abundantes, pudiendo asegurar que si el Señor continúa sosteniéndonos, irán en aumento los progresos de nuestra santa religión.»

Persia.—Los siguientes detalles sobre las conversiones al catolicismo en Persia están tomados de una carta escrita en Urmiah el 12 de Mayo último.

«Damos gracias á la Providencia por las conversiones, que son una adquisición preciosa para la Iglesia católica. Comenzaré hablándoos de tres sacerdotes recientemente convertidos al catolicismo. Preguntado uno de ellos por qué se hacia católico, respondió: «Todo el pueblo me ha abandonado, y es necesario que yo le siga.»

«Faldus es un país bello, á dos jornadas de la ciudad de Urmiah, hácia el Levante. Contábanse en él de 100 á 150 familias nestorianas.

«No teníamos allí más que una familia católica. Hace dos años el único sacerdote nestoriano de toda esta localidad regresó á la fe, y después ha atraído al seno de la Iglesia más de la mitad de su pueblo.

«En Targavan, á algunas leguas de Urmiah, al Sur, y al pié de las altas montañas que forman la frontera entre la Turquía y la Persia, una docena de poblaciones han regresado á la fe romana.»

Leon XIII, en su celo por las Misiones orientales, ha puesto en manos del Ilmo. Cluzel, delegado apostólico en Persia, cuantiosos donativos para atender á las necesidades de las Misiones.

—El P. Lesné, lazarista, escribía desde Urmiah el 24 de Mayo:

«El 18 de Mayo, con gran alegría de todos, el Ilmo. Cluzel bendijo la primera piedra de nuestra futura catedral, con asistencia de todos nuestros católicos y muchos armenios todavía cismáticos. En especial nuestro venerable Prelado sentía profunda emoción. Cuando llegó aquí, hace cuarenta y un años, en toda la provincia de Urmiah sólo se encontraban algunas familias católicas, mientras hoy las contamos en más de 200 pueblos del llano. Además, entonces tenían prohibido los cristianos establecerse en el recinto de la ciudad, y actualmente están agrupadas en torno nuestro cien familias; todo el barrio armenio inmediato al nuestro asiste á los divinos Oficios; bastantes son ya católicos y esperamos vendrán otros muchos, pues todos sus hijos frecuentan nuestras clases. A este propósito no puedo pasar en silencio un hecho que nos ha conmovido. Una niña de pocos años que asiste con regularidad á la escuela de nuestras Hermanas, y cuyos parientes son todavía todos cismáticos, como un día les oyese hablar de religión, volvióse á ellos de repente, diciéndoles:

«—No; vosotros no seguís el camino del cielo, y nosotros sí, porque san Pedro está con nosotros y él es quien guarda las llaves.

«Miráronse todos con asombro, y los padres de la niña vinieron á darnos cuenta del hecho, añadiendo:

«—Es el mundo al revés: los padres debemos seguir á los hijos.

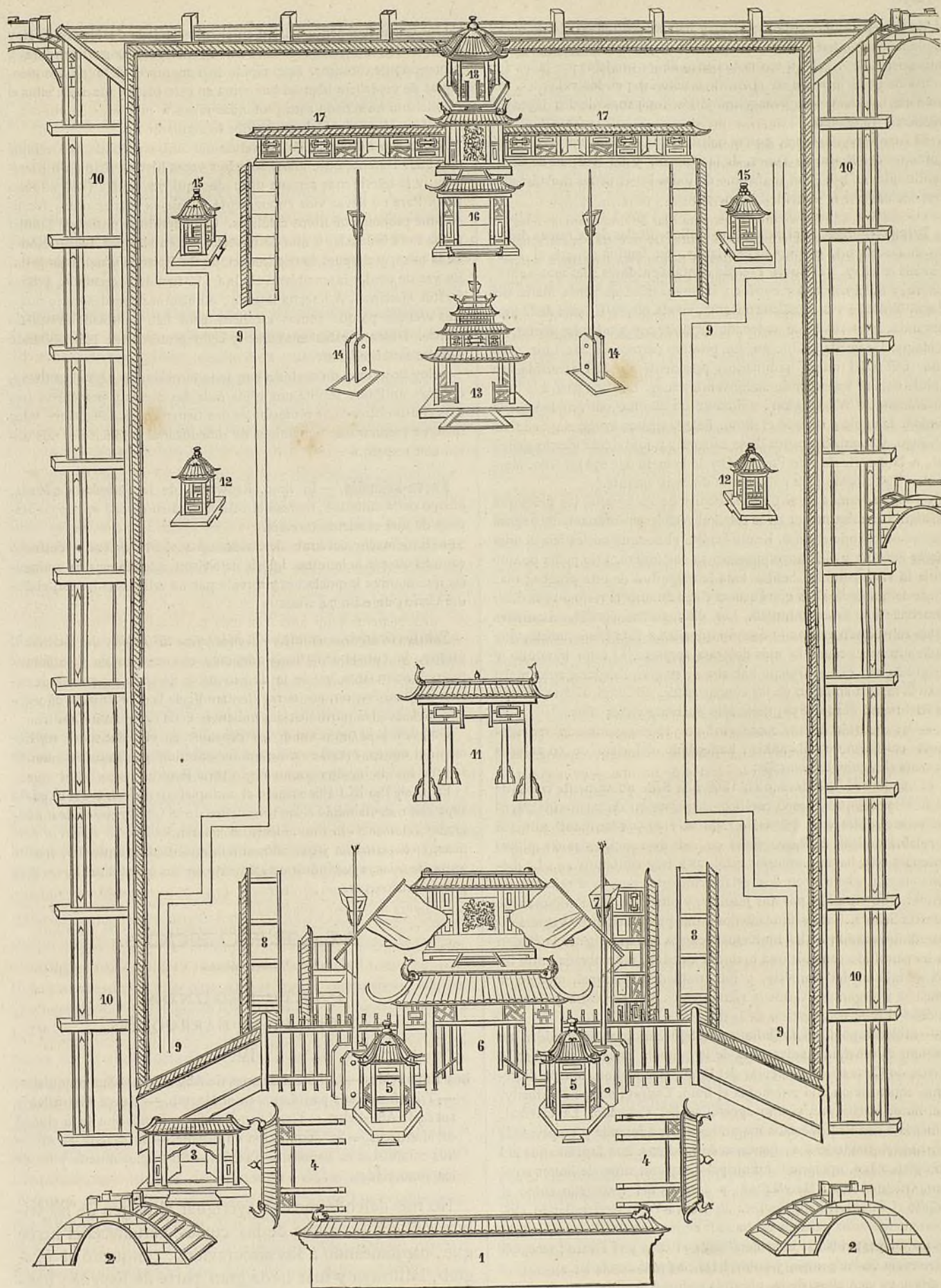
«Mas ¿á quién se debe esta transformación? En primer lugar al cielo, y luego á esos humildes obreros apostólicos que han trabajado en la sombra, sin desanimarse por las persecuciones y contrariedades; en fin, á esas almas generosas que con sus ofrendas vienen sosteniendo nuestras Misiones de Persia. Para ellas nuestra gratitud, y que las bendiciones del cielo caigan con abundancia sobre ellas y sus familias.»

Goa (India portuguesa).—El periódico *A India catholica* anuncia el nombramiento del Rdo. Antonio Sebastian Valente, profesor de la universidad de Coimbra, para el arzobispado de Goa en sustitución del difunto prelado Ilmo. Ayres d'Ornellas de Vasconcellos.

Patna (Indostan).—Segun el *Indian Mirror* de Allahabad, el 29 de Junio, fiesta de san Pedro y san Pablo, fué consagrado en la catedral el Rdo. P. Francisco, nombrado vicario apostólico de Patna. El ilustrísimo Jacopi, de Agra, fué el prelado consagrante, asistiéndole los vicarios apostólicos de Bombay y Lahore.

Jaffna (Ceylan).—Con el beneplácito de la sagrada Congregación de la Propaganda, ha pasado á la jurisdicción del Ilmo. Bonjean, vicario apostólico de Jaffna, la Mision de Ganpola y la circunscripción de Udupalata Pattuwa en el distrito de Kandy. Esta porción del vicariato de Colombo ha sido puesta bajo la jurisdicción del Ilmo. Bonjean, con el consentimiento del Ilmo. Pagnani, para establecer en ella un *sanatorium* en favor de los misioneros valetudinarios del Norte de Ceylan.

Zanguebar.—Said-Bargash, sultán de Zanzibar, acaba de nombrar al Ilmo. Lavigerie, arzobispo de Argel, gran oficial de la Orden



PLANO DEL KONG-YUEN O PALACIO DE LA ACADEMIA DE HANG-TCHEU-FU (Tche-kiang). (Pág. 501).

1. Pared que cubre la fachada y la separa de la calle. — 2. Puentes echados sobre dos canales que orillan el Kong-yuen. — 3. Pequeña pagoda al lado del Kong-yuen. — 4. Entrada del primer patio. — 5. Pabellones donde se sitúan los músicos para saludar á los grandes personajes que entran en ceremonia en el Kong-yuen. — 6. Fachada y puerta principal. — 7. Astas de banderas que indican un monumento público. — 8. Habitaciones de los empleados del Kong-yuen. — 9. Celdas donde los candidatos hacen sus composiciones sin ayuda de libro alguno. Tienen cuatro piés de ancho y cinco de profundo, y en ellas permanecen enteramente incomunicados á lo menos un par de dias. — 10. Muro que ciñe el Kong-yuen. — 11. Puerta para cerrar la vista del edificio. — 12. Pabellones para los músicos. — 13. Kiosco coronado con un asta de bandera. — 14. Altos mástiles con banderas. — 15. Pabellones para los músicos, que dejan oír á menudo sus acordes, sobre todo durante la comida del gran examinador. — 16. Sala para el exámen oral. — 17. Habitaciones del gran examinador, miembro de la Academia de los Hong-king en Pekin. — 18. Kiosco de recreo.

de la Estrella brillante de Zanzíbar, y ha conferido el grado de oficial de la misma Orden al Rdo. P. Charmetant, procurador general de los misioneros de Argel, en reconocimiento de los servicios prestados á la causa de la civilización en el Africa ecuatorial por los valientes misioneros católicos que evangelizan á los indígenas de los lagos del Nyanza y Tanganika.

El Arzobispo de Argel, que se hallaba condecorado con los grandes cordones del Nizam de Túnez, de la Osmania y del Medjidié de Constantinopla, es hoy gran dignatario de todas las Ordenes musulmanas reconocidas por la Cancillería francesa.

Estados-Unidos.—El Ilmo. Mac-Mullen, titular de la nueva diócesis de Davenport, es oriundo de Irlanda. Su familia emigró al Bajo-Canadá en 1837, y el nuevo Prelado contaba entonces sólo cuatro años. En 1843 fué á Chicago y entró en la universidad de Santa Maria del Lago. Terminó sus estudios en Roma, en el Colegio Urbano de la Propaganda, y en 1858 fué ordenado presbítero y graduado doctor en teología. De vuelta á Chicago, fué primero párroco de San Luis, y en 1861 rector del nuevo seminario y presidente de la Universidad en donde habian transcurrido sus juveniles años. En 1869 pasó á la nueva diócesis de Wilmington, y durante un año fué párroco de aquella ciudad. Llamóle á su lado el Ilmo. Foley, apenas ocupó la Sede de Chicago, y nombróle rector de la catedral, y más tarde vicario general. A la muerte de este Prelado (19 de Febrero de 1879) el Rdo. Mac-Mullen fué elegido para gobernar la diócesis vacante.

—Segun leemos en el *Catholic Visitor* de Richmond, los fieles que asistían á la misa mayor en la catedral recibieron últimamente penosa impresion cuando el Ilmo. Keane explicó el por qué no les leía él mismo la Epístola y el Evangelio segun su costumbre. «No podía porque tenia la vista perdida. Sentía toda la magnitud de esta prueba; mas si era del gusto de Dios que quedara ciego durante el resto de sus días, sometíase á su santa voluntad. Los distinguidos oculistas á quienes habia consultado casi no le daban esperanza.» Esta triste noticia, que nadie esperaba, causó la más dolorosa sorpresa. El tono tranquilo y resignado con que el Obispo hablaba de su gran desgracia aumentaba todavía más la emocion de los concurrentes. El Ilmo. Keane, obispo de Richmond desde 1878, tiene sólo cuarenta y tres años.

—A su partida de La Crosse el Ilmo. Heiss, nombrado recientemente coadjutor de Milwaukee, ha recibido del clero de su antigua diócesis el siguiente mensaje:

«Cuando V. I. fué elevado en 1868 á la Sede nuevamente creada de La Crosse encontró 25,000 católicos dispersos en un territorio inmenso, 15 sacerdotes y 47 iglesias ó capillas. Hoy 59 sacerdotes anuncian la palabra de Dios á 48,000 fieles en más de 100 iglesias ó capillas. Entonces sólo habia 2 escuelas católicas: hoy contamos 24. La diócesis cuenta además con dos establecimientos para la enseñanza superior: uno dirigido por los Jesuitas, y otro por las Religiosas de Nuestra Señora. Habeis fundado dos casas para huérfanos. Vuestra sabia administracion de los limitados recursos con que cuenta la Mision os ha permitido constuir una hermosa catedral, renombrada entre todas las iglesias del Noroeste, y una residencia episcopal, modelo de sencillez y elegancia. Gozosos reconocemos que á vuestra prudencia se debe el floreciente estado de la diócesis.»

—El domingo dia 3 de Julio se festejó con gran solemnidad en Hartford el centésimo aniversario de la primera misa celebrada en el Estado de Connecticut. Además del Ilmo. Mac-Mahon, obispo diocesano, concurrieron á la ceremonia el Ilmo. Conroy, obispo de Albany, y el Ilmo. Machebeuf, vicario apostólico del Colorado. La catedral, dedicada á san Pedro, estaba magníficamente adornada y empavesada con banderas americanas, francesas é irlandesas. Los funcionarios del Gobierno y la Corporacion municipal ocuparon sitios de honor en el coro. Ofició el Ilmo. Mac-Mahon, y despues del Evangelio subió al púlpito el P. O'Gorman, Paulista de Nueva-York, desarrollando eloquentemente estas palabras de Isaías: «Ensancha tus tiendas, Israel; porque tu posteridad se extenderá hasta el Orto y el Ocaso; recogerá la herencia de las gentes, y poblará las ciudades desoladas.»

«Hace ya cien años, decia, nuestros padres se hallaban en el campo de batalla; las colonias combatian por su independencia con alternativas de triunfo y de reveses. Era una época de luchas terribles y apasionadas: la bandera blanca conducia á nuestra ayuda los soldados de la Francia católica. Precisamente en una marcha de las tropas francesas desde Newport al Hudson, en un alto en el sitio llamado Suth-Meadows, el Rdo. Robin, capellan de los aliados, ofreció la primera misa cuyo aniversario secular celebramos hoy...»

«Desde aquella época ¡cuán maravillosamente se ha propagado la fe católica! Toda la América inglesa contaba á la sazón menos sacerdotes

de los que actualmente existen en el solo condado de Hartford. Hoy en la Union americana se cuentan 69 obispos, 7,000 sacerdotes y 7,000,000 de católicos. Este rápido incremento es debido á los principios de verdadera libertad que reina en este país, y gracias á ellos el catolicismo ha echado aquí profundas raíces.»

—Un colono de Alabama escribe lo siguiente:

«Vivo con mi familia en las selvas del Sud, en donde me refugié en 1864. Durante once años, sólo tres veces hemos visto á un sacerdote, y la iglesia más cercana dista de aquí 72 millas (116 kilómetros). Para no llevar vida enteramente salvaje en esta apartada localidad me proporcioné libros católicos. Cada domingo reuno mi familia á una hora señalada, y uno de nosotros lee en alta voz las oraciones de la misa, y despues la explicacion de la Epístola y del Evangelio. En vez de perder insensiblemente la fe, la hemos aumentado, gracias á estos ejercicios. A nuestra llegada, miránnos con desprecio nuestros vecinos porque somos católicos, pero han cambiado completamente. Durante estos años diez y ocho protestantes han abrazado nuestra santa religion.

«Hoy poseemos un oratorio con todo lo necesario para el santo Sacrificio: un Padre Jesuita nos visita cada dos meses y permanece tres dias con nosotros. Los protestantes nos tienen en grande estima, y los mismos predicantes, tan amigos de ridiculizar al catolicismo, nos tratan con respeto.»

Nueva-Zelandia.—El Ilmo. Redwood, de la Sociedad de María, obispo de Wellington, regresó el 6 de Abril á su ciudad episcopal despues de una excelente travesía.

—En la noche del lunes de Pascua un violento incendio destruyó completamente la hermosa iglesia de Nelson, situada en una eminencia que domina la poblacion y servida por un religioso marista, el Padre Garin, de edad 74 años.

Tahiti (Oceania oriental).—El *Mensajero de Tahiti*, del 8 de Abril último, da cuenta de la fiesta celebrada con motivo de la solemne promulgacion de la ley de 30 de Diciembre de 1880 aceptando la cesion hecha á Francia, por el rey Pomaré V, de la soberanía plena y entera de todos los territorios dependientes de la Corona de Tahiti.

Despues de la recepcion de los cónsules en el palacio del rey Pomaré, el cortejo oficial se dirigió á un pabellon de honor, en donde se proclamó la ley de anexion de Tahiti á Francia.

En 1848 Pio IX habia erigido el archipiélago de Tahiti en vicariato apostólico, confiándolo á los misioneros de la Congregacion de los Sagrados Corazones. El Ilmo. Florentin Jausen, obispo de Axieri *in partibus*, es hace treinta y tres años el jefe espiritual de aquel importante grupo de islas, ayudándole actualmente en sus apostólicas tareas diez y siete misioneros.

MARRUECOS.

PARTE SEGUNDA.

LAS DINASTÍAS MARROQUÍES.

IV.

Los almoravides.—Las predicaciones de Abd-Allah.—Sus conquistas.

—Triunfos de sus partidarios en el Magreb.—Muere Abd-Allah y sucédele Abu-Beker.—Yusef ben-Taxefin.—Fundacion de la ciudad de Marruecos.—Su dominacion en España.—Su muerte.—Alí.—Sus conquistas en España.—Taxefin.—Su trágica muerte y fin de los almoravides.

No nos detendremos en averiguar el origen de las tribus sinhachies, á una de las cuales pertenecia el héroe que, capitaneando á los almoravides, conquistó el Magreb, la Ifrikya y más tarde gran parte de España: bástenos saber que al otro lado de la gran cordillera del Atlas existian los Sinhachas, divididos en setenta tribus todas bárbaras, que no tenian religion alguna ó eran muy reducidos sus conocimientos sobre el destino del hombre en la tierra: es positivo que no conocian el Koran, y esto fué más que suficiente para que muchas veces les declarasen la guerra las tribus vecinas que profesaban el mahometismo.

Por los años 1038 (430 de la egira) salió del Sus, su país natal, Abd-Allah ben-Yasin con direccion al Sahara para predicar las doctrinas del Koran á las kabilas de los Sinhachas, corriendo presurosas á oírle diferentes tribus, en especial la de Lemtuna. Poco tiempo despues, viéndose rodeado de unos mil discípulos de los más nobles de dichas tribus, dióles el nombre de *Morabetin* (religiosos), de donde se formó el de almoravides. Viendo el maestro los grandes adelantos de sus discípulos, envió á varios de los más aventajados para que enseñaran la doctrina del Islam á sus respectivas tribus; y como algunas rehusaran abrazar la nueva religion, Abd-Allah creyó conveniente predicarles con el irresistible y *convinciente* argumento de la espada. En efecto, en 1042, capitaneando 2,000 almoravides, declaró la guerra á las tribus incrédulas, las venció en campal batalla y las obligó á abrazar las nuevas doctrinas. Bien pronto su poder se extendió por el Sudan y gran parte del Magreb, posesionándose de Sigilmesa y de todo el país del Draa.

A pesar de ser Abd-Allah el jefe de estas expediciones, nombró á su fiel compañero Yahya ben-Ybrahim como lugarteniente y general de sus tropas. Como la tribu de Lemtuna era la más acérrima partidaria de las doctrinas enseñadas por Abd-Allah y la que más se esmeraba en imitar sus ejemplos, éste, á la muerte de Yahya ben-Ybrahim, nombró para sucederle á Yahya ben-Omar, de la tribu de Lemtuna; el cual en varios combates y batallas que sostuvo con los enemigos de su religion, mostró bien claramente su extraordinario valor: conquistó despues varias ciudades, y por fin murió en una batalla en el Sudan el año 1056. Abd-Allah nombró para sucederle á su hermano Abu-Beker ben-Omar, á quien encargó tambien la continuacion de la guerra.

Este intrépido general, á la cabeza de un gran ejército cuya vanguardia iba bajo las órdenes de su primo Yusef ben-Taxefin, avanzó hasta Sus el-Aksa, apoderándose de todo su territorio. Volvió despues victorioso sobre la ciudad de Agmat, á la que puso estrecho cerco. Gobernaba entonces esta importante ciudad Lekurt ben-Yusef, quien viéndose sin fuerzas para resistir á tan poderoso enemigo, trató de huir, aprovechándose de la noche, con todos sus amigos, lo que al fin pudo conseguir, yendo al Oriente del Atlas para ponerse bajo la proteccion de los Beni-Ifran. Fácil les fué á los almoravides posesionarse de la abandonada ciudad; mas no por esto descansaron un momento, sino que continuaron su marcha sobre Tedla, donde los Beni-Ifran se habian hecho fuertes; pero tambien esta ciudad tuvo que abrir sus puertas á las irresistibles huestes de Abu-Beker. Pasó luego como un relámpago al país de Temsena, del que se posesionó despues de algunos combates, en uno de los cuales murió Abd-Allah, en 1059. Los almoravides nombraron en el acto para sucederle al infatigable Abu-Beker, que ya habia sido designado por Abd-Allah, quien habia encarado á sus tropas la necesidad de que éste y no otro le sucediera en el mando.

Despues de haber dado sepultura al cadáver de Abd-Allah se puso Abu-Beker en campaña, y hecho dueño de todo el país de los Berghuata se volvió á Agmat, de donde volvió á salir á operaciones en 1060, continuando sus correrías y destruyendo todos los ejércitos que contra él enviaban los Beni-Ifran. Cansado de los muchos trabajos

que necesariamente sufría en tales correrías, volvióse por segunda vez á Agmat, donde no mucho despues le halló un emisario que venia del Sahara para anunciarle el levantamiento de todo el país contra su autoridad, y particularmente contra las kabilas de la tribu de Lemtuna. Esta fatal noticia sorprendió no poco á Abu-Beker, y le obligó á sacrificar su naciente Imperio para ir á pacificar su país natal. Dejó, pues, el mando de la mitad de sus tropas á Yusef ben-Taxefin, ordenándole que continuase la guerra, á cuyo efecto le invistió de amplios poderes, y con la otra mitad de las tropas almoravides salió al año siguiente para el desierto. En poco tiempo llegó al Sahara, que no tardó en pacificar, y obligó á los sublevados á reconocer su autoridad.

Entre tanto Yusef ben-Taxefin trató de consolidar su mando y de extender sus Estados, pues si por entonces los gobernaba con dependencia y como califa de Abu-Beker, concibió la idea de declararse más adelante absoluto dueño del Magreb. Al frente de sus aguerridas huestes recorrió veloz las tribus próximas á Agmat, consiguiendo someterlas á su mando. Estas victorias de Yusef llegaron á oídos de Abu-Beker, que como ya tenia pacificado el Sahara, volvía con ánimo de reemplazar ó destituir á su primo Yusef, y á darle gracias por lo mucho que habia hecho en favor de la naciente dinastía. Poco antes de encontrarse con él, supo con no poco sentimiento y gran sorpresa que Yusef no pensaba entregarle el mando. Entonces Abu-Beker, que conocia la fuerza de voluntad de su primo y el valor nunca desmentido de sus huestes, y que por lo mismo no podria arrancarle las riendas del gobierno, trató de no exponerse á perderlo todo; y encontrándose con Yusef le felicitó por sus victorias, renunció á sus pretensiones, y despues de darle varios consejos para el buen gobierno de sus Estados, dió vuelta al desierto, donde continuó mandando sus tribus y haciendo guerra á los insubordinados y á los que no querian recibir la doctrina del Koran. Finalmente, herido en uno de tantos combates por una flecha envenenada, murió en 1087.

Con la vuelta de Abu-Beker al Sudan quedó Yusef único dueño de las provincias conquistadas á este lado del Atlas, teniendo por capital á Agmat. Empero como esta ciudad era bastante reducida y poco capaz para contener los muchos personajes almoravides que componian la Corte de Yusef, y como además eran muchísimos los que de todas partes acudian á ella, atraídos por la fama de santidad de sus habitantes, Yusef determinó construir una nueva, á la que más tarde se dió el nombre de Marruecos. Algunos autores atribuyen á Abu-Beker el proyecto de edificar esta ciudad; pero añaden que no pudo ejecutarlo por su repentina vuelta al desierto para pacificar las tribus revolucionadas. La ciudad de Marruecos fué desde su fundacion capital de los almoravides y almohades, y Abu-Yusef Yacub el-Mansur fué el que más la embelleció en el siglo XII.

Despues que Yusef echó los cimientos de la nueva capital, salió á campaña con todas sus tropas en número de 40,000 esforzados almoravides que á su indisputable valor unian el fanatismo. En esta campaña, que podemos decir duró hasta 1086, se hizo Yusef dueño de todo el Magreb, incluso las ciudades de Tánger y Ceuta, defendidas por los mahometanos andaluces; destruyó las

dos tribus que entonces se disputaban el dominio del Magreb, á saber: los Beni-Ifran y los Maghrauas; se apoderó de Oran, Argel, Túnez y Bugía, no parando hasta llegar á las fronteras del Egipto. Nunca se habia conocido en este país un imperio musulmico tan dilatado. Ciertó que para conseguir esto tuvo Yusef que empeñar grandes batallas y vencer innumerables dificultades; pero á todo supo dar cima, auxiliado de su invencible constancia y del fanatismo de sus secuaces. De este modo se verificó que los zenetas, antiguos conquistadores de este país, tuviesen que huir ante las huestes de los almoravides, á cuyos padres habian vencido y subyugado anteriormente los mismos zenetas.

Dueño Yusef de un Imperio tan dilatado, la fortuna, que por todas partes le sonreía, deparó un nuevo campo á sus victorias y un nuevo estímulo á su ambicion. El gran Imperio de los califas de Córdoba, que tan poderoso y temible se habia manifestado más de una vez, aquel Imperio, verdadero emporio de riquezas y cuya amistad habia sido solicitada por los más poderosos Estados, se hallaba dividido en varios reinos, y todos juntos apenas podian resistir á las armas cristianas. Alfonso VI de Castilla les habia perseguido de tal modo y les habia hecho sentir tanto su fuerte brazo, que los musulmanes españoles se vieron obligados á suplicar humildemente á Yusef ben-Taxefin que pasase á la Península para ayudarles contra el rey cristiano. ¡Triste situación la de los musulimes andaluces! ¡No hacia muchos años que su poder se extendia por todo el Magreb y sus tropas desafiaban á los reyes de Ifrikyá, con los cuales sostenian una continua lucha, y ahora tienen que pedir el auxilio de un hijo del desierto para conservar al menos las capitales de sus Estados!

No hay para qué decir que este llamamiento fué muy del agrado de Yusef, á quien, como hombre sagaz y político, no se le ocultaba la degradacion á que habian llegado los musulmanes españoles, y veia además la puerta abierta para posesionarse de la Península. Arreglados los

asuntos del Magreb y reunido un respetable ejército de almoravides, embarcóse con él en Ceuta, y en pocas horas se halló en el campo de Algeciras, en donde se le reunió una gran multitud de moros españoles, sedientos de vengar las derrotas que habian sufrido de Alfonso. Hallábase éste en aquella época sitiando á Zaragoza, y en el momento mismo en que supo el desembarque de Yusef, levantó el sitio, y reuniendo sus tropas fué á encontrarse con el enemigo. En Zalaca se avistaron ambos ejércitos, y el muslim, más numeroso ó más afortunado que el cristiano, venció en aquella triste jornada. No seguirémos á Yusef en sus expediciones por la Península por no ser éste nuestro objeto, y si sólo diremos que pasó cuatro veces el estrecho, conquistó muchas ciudades y redujo á su obediencia á todos los reyezuelos musulmanes que habia en España, consiguiendo reunir bajo su mando un Imperio que al Norte tenia por límites los Pirineos y el Sahara al Sur.

Este gran soldado, este sagaz y político hijo del desierto vivió cien años, puesto que nació en 1006 y murió en 1106 en la ciudad de Marruecos, después de una larga enfermedad. Su reinado duró treinta y nueve años á contar desde su entrada en Fez el 1067, ó cuarenta contando desde que Abu-Beker le nombró su lugarteniente en el Magreb. Después que Yusef conquistó el país dominado por los musulmanes en la Península y todos los príncipes mahometanos le reconocieron por jefe y soberano, tomó el título de *Amir el-Mumenin*, ó sea Príncipe de los creyentes.

Muerto Yusef, le sucedió su hijo primogénito Ali, que tuvo por madre á una cristiana cautiva llamada *Kamra* (luna) y por sobrenombre *Fadh el-Hassem* (perfeccion de hermosura). A la edad de veinte y tres años tomó Ali las riendas del gobierno y el título de *Amir el-Mumenin*, que han conservado religiosamente hasta nuestros dias los sultanes de Marruecos. Era Ali hombre de relevantes prendas y digno en verdad de suceder á su padre. Durante el tiempo que reinó, que fué hasta 1142, año de



MOSÁICO CHINO. — Té y arroz. (Pág. 503).

su muerte, dióse la batalla de Uclés, tan desgraciada para los españoles, y en la que las tropas musulmanas eran mandadas por el bravo general Temin ben-Yusef, hermano del emir. No dejó de ser bastante afortunado Ali en las cuatro expediciones que hizo á España, en las cuales conquistó nuevas ciudades y tambien las islas Baleares en 1115; empero no fué tan afortunado en Africa, en donde tuvo que pelear contra algunos revoltosos y turbulentos, especialmente contra los almohades, de quienes hablaremos en el siguiente capítulo.

Muerto Ali, le sucedió su hijo Taxefin, segun lo habia indicado su padre en 1138 al nombrarle su califa. Como su padre, era Taxefin hijo de otra cautiva cristiana, á quien los moros llamaron *Dahan es-Sabah* (aurora, lumbrera de la mañana). Este príncipe habia sido afortunado en casi todas las batallas que como califa ó segundo de su padre habia dado á los españoles, pero en Africa fué desgraciado cuando llegó á ser emir; pues invadidos sus Estados por los almohades, que ya habian adquirido muchas ciudades y á quienes obedecian no pocas kabilas, se vió perseguido por ellos, teniendo al fin una muerte trágica. Hallábase sitiado en Orán, donde se habia refugiado huyendo del pujante poder de los invasores, é intentando sorprender á los sitiadores salió una noche de la ciudad, y dirigiéndose por una inmensa altura que daba al mar se precipitó por ella involuntariamente, puesto que creia caminar por una llanura: cumpliéndose este suceso en 1144. Al día siguiente de su muerte hallaron los sitiadores su cadáver, le cortaron la cabeza y la enviaron á Tinmal (1), donde fué colgada en un árbol. ¡Triste fin el de Taxefin! Después de un reinado de dos años y dos meses, tumultuoso en Marruecos y nominal en España; después de haber estado en continua guerra con los almohades, que le disputaban tenazmente el mando del Magreb, perece trágicamente y con él la corta dinastía de los almoravides, que sólo duró unos setenta y ocho años ó á lo más ochenta, si contamos los dos que Ishac, hermano de Ta-

(1) Esta ciudad era importante y populosa en la época de que vamos hablando, empero hoy no es ni la sombra de lo que fué en el pasado. Hállase situada á 77 kilómetros Sur de la ciudad de Marruecos en *Yebel Deran* (Atlas).

xefin, reinó en la ciudad de Marruecos, último baluarte de los almoravides, de donde fueron arrojados por Abd el-Mumen el año 1146.

MOSAICO CHINO.

VI.

EXÁMENES TRIENALES EN EL CELESTE IMPERIO (1).

I.—En China se llaman bachilleres los que han sido aprobados en los exámenes anuales que se practican en cada prefectura, y licenciados los que reportan las victorias académicas en los exámenes trienales, que se celebran simultáneamente en las capitales de todas las provincias. A cada provincia se le fija con anticipación el número de licenciados que pueden recibirse. El Kiangnan debe proporcionar 150 licenciados; pero á causa de

las bajas que en el cuerpo de letrados hizo la última guerra con los rebeldes, el Gobierno ha duplicado dicho número. Así, pues, los bachilleres han llegado á Nan-king más numerosos que de costumbre, asegurándose que llegaban á 24,000. Siete u ocho mil debían sufrir un examen preliminar, y habiendo sido reprobados 4,000, quedaron 20,000 para obtener los trescientos diplomas de licenciado.

Cada bachiller trae un doméstico, si su fortuna se lo permite; ó bien un hermano, un amigo, un compañero. Los bachilleres que van á los exámenes están exentos de los derechos de aduana. Un estandarte desplegado en lo alto de un mástil anuncia el título que tienen, y su sombra protectora los hace inviolables. Los que cuentan con algunos recursos traen á Nan-king en su barca los productos especiales de su departamento.

... Comunmente se estacionan en el canal más de cinco mil barcas, de suerte que á la par de los exámenes tenemos una feria trienal de todos los productos de la provincia.

Fácilmente puede concebirse el movimiento que á nuestra ciudad comunica semejante afluencia de extranjeros, y la agitacion y tumulto que produce. Ser bachiller es el sueño dorado de los chinos, pero venir á los exámenes de Licencia constituye para ellos la suprema

(1) Relacion del P. Colombel, de la Compañía de Jesús.



MOSAICO CHINO.—El descanso. (Pág. 503).

dicha. ¡Lisonjea y envanece tanto ser reconocido en las calles por bachiller candidato! Hasta los profanos lo comprenden, saben que la fibra vanidosa es sensible, y por tanto evitan contradecirla ú ofenderla, y si tienen que tocarla será con la mayor suavidad posible. A los bachilleres no se les llama ya *Sien-chen*, vocablo que corresponde á nuestro señor; sino *Kao-siang-kong*, es decir: *kao*, candidato, y *siang-kong*, tratamiento superior al que se usa en Europa, y que aquí se da á los estudiantes de la Compañía y seminaristas. En las tiendas, sobre todo, se tienen especiales miramientos con los *Kao-siang-kong*, y se les llama *Lao-ié*, título reservado á los licenciados para demostrar que nadie duda de su talento.

...Los bachilleres acuden en tropel al rededor del edificio de los exámenes: reúnen tres ó cuatro en un mismo cuarto que les alquilan lo más caro posible. Los que emplean esos últimos días en el estudio son sin duda bastante raros. Un viejo bachiller que ha venido aquí por novena vez nos decía que los actuales candidatos han degenerado mucho. «Durante el día se pasean, añadia; por la noche fuman opio y se entregan al juego.»

Durante las semanas que preceden á los exámenes las paredes están llenas de carteles. Los bachilleres dan á conocer su nombre y su domicilio á los amigos que quisieren visitarles. Algunos mandarines de provincia anuncian que han venido á la capital expresamente con objeto de ayudar á los candidatos de su jurisdicción; y por tanto, si alguno de éstos necesita consejos ó recursos pecuniarios, sabe á dónde tiene que acudir. Hay otros carteles menos nobles, y pertenecen á ciertos industriales. Uno ofrece decir la buenaventura á los candidatos, y les predecirá con seguridad buen éxito, ó les anunciará sin reparo mal resultado. Otro que frecuenta desde largo tiempo los exámenes ha notado que muchos bachilleres se morían durante el concurso: largos estudios le han demostrado que la respiración de tanta muchedumbre, unida á la humedad del suelo, engendraba un mal funesto, contra el cual había encontrado un remedio. Ha estado en Sang-hai, y ha descubierto un elixir europeo que constituye un remedio infalible contra dicho mal, y lo proporcionará por el precio que á él le ha costado. Y ¿qué bachiller no gastará algunas chapecas para asegurar una existencia que pronto constituirá la dicha de una ciudad y de una provincia? Muchos de los carteles del prefecto de Nan-king (el *Kiang-nin-fu*) tenían por objeto hacer respetar las leyes de la moral pública.

Algunos días antes de los exámenes los bachilleres tienen que llenar ciertas formalidades. De cada subprefectura ha venido un mandarin que es el jefe de los letrados de su jurisdicción. Todos deben presentarse á él para identificar sus personas. Al mismo tiempo reciben tres cuadernos de veinte páginas cada uno para las tres pruebas del examen. El mandarin escribe en la primera página de cada cuaderno los nombres, títulos y méritos del candidato. Estos cuadernos deben servir para el borrador y para la copia definitiva de la composición, y los llevan cerrados en un saquito colgado del cuello por un cordón y acomodado sobre el pecho. El certificado entregado por el mandarin para atestiguar el derecho al concurso es colocado sobre el saco para que todos puedan verlo, siendo este un bello momento para los jóvenes bachilleres. Los hay de quince, diez y ocho y veinte

años que no caben en sí de gozo: los de edad madura tienen un aspecto más grave; pero todos alargan el camino cuanto pueden para que vean el certificado el mayor número posible de transeuntes.

En día y hora fijos para cada prefectura y subprefectura nuestros bachilleres tienen que colgarse otra vez el saco para dirigirse á casa de uno de los dos ó tres grandes mandarines de Nan-king. Este mandarin comprueba el certificado de la autoridad local, retira los tres cuadernos destinados á las composiciones, y se encarga de hacerlos devolver más tarde. En fin, da un nuevo certificado que el candidato pone al lado del primero sobre el saco afortunado. Este gran mandarin debe hacer un regalo á los bachilleres, y es el que los chinos se hacen en esta época del año, consistiendo en pequeñas tortas de harina. Llámamlas *ue-pin* (*lunæ panis*). El mandarin ofrece á cada candidato dos de estas tortas, dos huevos y dos pedacitos de tocino.

II. — El local para los exámenes, situado en el barrio más poblado y donde residen los mandarines, forma un vasto rectángulo rodeado de un alto muro, cuya entrada está cerca del canal. Para hacer más cómodo su acceso se cubren las calles vecinas con esteras de paja y se colocan sobre el canal balsas de madera formando un ancho y sólido puente. Los muros del Kong-uen (nombre del edificio) están erizados de puntas para impedir que sean escalados. En la puerta de entrada empieza una larga calle, con celdas á uno y otro lado para los candidatos, y que termina en un segundo recinto reservado para los jueces de los exámenes y sus sirvientes. Al rededor de este santuario de la ciencia y de la justicia se elevan muchas casitas que sirven de morada á los mandarines empleados en los exámenes. Por último, en ambos extremos hay también celdas para los candidatos.

Estas, construidas de ladrillo y cubiertas con tejas, tienen á corta diferencia las dimensiones de una garita de centinela, y forman largas hileras paralelas de noventa á cien celdas. Ante cada hilera se extiende en toda su longitud un pasillo de un metro de ancho. A la entrada de éste encuéntrase una gran vasija de tierra llena de agua y un hornillo para calentar el té y cocer el arroz. Tres ó cuatro domésticos cuidan á los bachilleres de cada hilera, y un mandarin de inferior categoría vigila cuatro de éstas. Se conduce el agua por cañerías de zinc, que comunican con un receptáculo colocado sobre una eminencia próxima al canal. Una maquinita de vapor pone en juego una bomba que desde fuera aspira las aguas súcias, y al pié de los muros de cerca hay instalada una bomba europea para incendios. En las celdas no se ven bancos ni mesas, haciendo veces de tales tres tablas movibles como los estantes de una biblioteca. De cama no hay que hablar siquiera.

En el Kong-uen sólo entran los candidatos, debiendo traer por sí mismos todo lo que necesiten. El examen dura nueve días y se compone de tres pruebas, pudiendo aquellos en el intervalo de una á otra salir algunas horas. A su ingreso en el Kong-uen cada uno recibe una taza de porcelana grosera, llena de arroz y de yerbas sazonadas.

Los candidatos empezaron á entrar en Kong-uen el 2 de Setiembre y no salieron hasta el 13. En la primera fecha llegó de Pekin el gran examinador, siendo recibido

en las puertas de la ciudad. Así que fué instalado en su silla, pegáronse á las aberturas tiras de papel con los sellos del tribunal. Puesto de este modo bajo sellos, condujéronle al Kong-uen hasta los departamentos que le estaban destinados. Entonces fijáronse los sellos en la puerta del edificio, quedando de facción dos mandarines superiores militares, sable en mano, con orden de quitar la vida á quienquiera que intentase entrar ó salir. Con el gran examinador enciérnanse en el recinto interior algunos prefectos, subprefectos, licenciados y doctores encargados de hacer una primera eleccion entre los escritos de los candidatos y eliminar gran número de ellos. Una vez encerrado, dicho examinador redacta los puntos de composicion, y los impresores retenidos con él se apresuran á sacar suficiente número de copias.

Terminado el llamamiento y cerradas las puertas, distribúyese la materia del primer exámen por medio de los mandarines inferiores encargados de la vigilancia de las celdas. Mientras trabajan los aspirantes, una música situada en una torre de tres pisos deja oír sus armonías á fin de favorecer su inspiracion. Llegado el momento de salir, cada uno entrega su cuaderno y recibe en cambio una varilla de bambú, que le sirve de pasaporte y sin la cual seria detenido en la puerta. Algunas horas más tarde vuelve á entrarse para hacer la segunda composicion, observándose las mismas formalidades que para la tercera. Todas las composiciones antes de entregarlas al examinador son copiadas por escribientes asalariados, á fin de que no sea reconocida la escritura. El número legal de copistas asciende á mil; mas habiéndose permitido uno de ellos, tres años há, corregir algunos caracteres, se le dió muerte, y para perpetuar el efecto del castigo declaróse que su lugar quedaria desde entonces vacío: este año, de consiguiente, sólo contamos noventa y nueve copistas. Los licenciados no tendrán conocimiento del resultado de los exámenes hasta el mes próximo, y pueden, pues, dirigirse á Pekín para tomar parte en el concurso del doctorado.

Los bachilleres al salir traen cuidadosamente consigo todo lo que les ha servido en los exámenes ó ha permanecido en el Kong-uen, haciendo de ellos objeto de una especie de culto supersticioso. Desécense los granos de arroz y se dan á los niños para desarrollar su memoria. Nuestro maestro de escuela, sujeto sencillo y recto, pero que no es cristiano todavía, guarda como preciosidad las seis tazas que él y su hijo mayor han recibido entrando en cada prueba, las que servirán para toda la numerosa descendencia, creyéndose que su uso no podrá menos de desarrollar en ella todas las cualidades propias de un letrado. En vez de comprar dos ó tres velas, que le eran suficientes, nuestro buen hombre se hizo con más de una docena, y sólo encendió el extremo de cada una, guardando el resto para hacer magníficos presentes á toda su parentela.

Pero á pesar de que el Kong-uen sea un lugar sagrado, las potestades infernales, segun se dice, se manifiestan allí con frecuencia. Se nos asegura que en los tres primeros días del exámen murieron trece bachilleres. Encuéntrase todo esto muy conforme, y para hacérmelo comprender así, se me añadió: «Existe indudablemente un poder superior que dá justamente á cada uno en esta vida lo que merece; y esta justicia se ejerce con los le-

trados, especialmente durante sus exámenes. Con frecuencia los hay que escriben su confesion creyendo componer una bella poesia, y el diablo los estrangula ante su acta de acusacion, firmada por ellos mismos. Otros ven aparecérselos una víctima que hicieron, un niño á quien sacrificaron, y son muertos por la aparicion.» Esta creencia cuadra muy bien con el respeto idólatrico de los chinos por su literatura.

Terminados los exámenes las barcas de los bachilleres quedan libres por tres días de los impuestos de rios y canales. Así es que cada cual apresúrase á partir.

La relacion que precede servirá para la perfecta inteligencia del dibujo contenido en la pág. 497. Es el plano del *Kong-yuen* (palacio de la academia) de Hong-tcheu-fu, capital del Tche-kiang. Trazólo el Ilmo. Guerry, acompañándolo con las notas aclaratorias que van al pié.

VII.

TÉ Y ARROZ (1).

Más de un europeo supone generalmente que los habitantes del «Imperio del centro» hacen saltar con maña la comida á su boca por medio de un palito que tienen en la mano. No es exacto. Sirvense de dos palitos (*huaitse*) de bambú, ébano ó marfil, un poco más largos que nuestros lapiceros. Tómanlos con una sola mano, poco más ó menos del modo que nosotros sostenemos una pluma, apoyándolos sobre el dedo de enmedio y sobre el anular, y haciéndolos mover como unas pinzas ó tenacillas. (Fig. 1).



Fig. 1.

Es claro que con ayuda de estos palitos se puede fácilmente coger los manjares sólidos, cortados antes en pedacitos. Pero ¿cómo arreglárselo para comer el arroz? Y ¿cómo coger los alimentos líquidos?

Para estos se sirven los chinos de cucharas semejantes á las que usan los farmacéuticos en Europa; pero son toscas y nada cómodas. (Fig. 2).



Fig. 2.

En cuanto al arroz, no hacen sopa de él, sino que lo cuecen con el vapor de agua hirviente, de manera que viene á ser como el arroz dicho á la milanesa. Así preparado, puede cogerse muy bien con los palillos.

La fotografia reproducida por nuestro grabado de la pág. 500 figura dos chinos teniendo con una mano su taza, y con la otra los *huei-tsés*, comiendo arroz cerca de una mesa donde hay dos tazas para el té. El tercer chino vierte su agua hirviente en la taza donde ha puesto las hojas del preciado arbusto. Cuando hayan concluido lavarán sus palillos y los colocarán en el estuche que cuelga de su cintura y en el que meten tambien su cuchillo de mesa. (Fig. 3). El chino nunca sale sin los pertrechos necesarios para el *tche-fan*, es decir, para comer el arroz.



Fig. 3.

VIII.

EL DESCANSO.

Si nos parece curiosa esta manera de comer, no lo es menos su modo de descansar cuando están cansados de

(1) Esta noticia y la siguiente están tomadas de las *Notas de viaje* del Rdo. Santiago Scurati, misionero de la China.

un largo camino. Siéntanse simplemente sobre sus talones.

Me he proporcionado una fotografía que representa esta incómoda postura. (Pág. 501). A ella están los chinos tan acostumbrados, ya desde su niñez, que pueden mantenerla dos horas enteras para conversar ó para el descanso.

NECROLOGÍA.

El Rmo. P. Schwindenhammer, superior general de la Congregacion del Espíritu Santo y del sagrado Corazon de Maria.

La Congregacion del Espíritu Santo y del sagrado Corazon de Maria ha experimentado una gran pérdida en la persona del Rmo. P. Ignacio Schwindenhammer, su superior general, cuyo retrato damos en esta página. Su muerte es al mismo tiempo un luto para la Iglesia, de la que era uno de los más adictos servidores, y en particular para las numerosas é importantes Misiones que venia dirigiendo más de treinta años há con una solitud llena de prudencia y sabiduría.

El digno y llorado Superior nació el 13 de Febrero de 1818 en Ingersheim (alto Rhin), de una familia acomodada, profundamente cristiana y muy considerada en el país, que ha dado á la Iglesia varios sacerdotes. Después de haberse hecho notable en el liceo de Colmar y en el pequeño seminario de La Chapelle por su regularidad, piedad y aplicacion al estudio, fué la edificacion del gran seminario de Estrasburgo. A pesar de su modestia y cierta timidez, era el alma de todas las piadosas reuniones, cuando el venerable P. Libermann fué á pasar algunos meses en la misma casa para prepararse al sacerdocio. Este judío convertido, hijo del rabino de Saverna, regresaba de Roma é iba con la aprobacion de la Santa Sede á fundar la Sociedad del santísimo Corazon de Maria, creada para la evangelizacion de la raza negra. Entonces fué cuando la divina Providencia empezó á establecer entre estas dos almas los lazos que debian unirlos para siempre. La futura Sociedad atraíase en la misma época á dos de los más íntimos amigos del Rdo. Schwindenhammer en el seminario de Estrasburgo, el Padre Freyd y el Ilmo. Kobes. El primero, fallecido en 1875 y honrado con la confianza de Pio IX, llegó á ser el segundo superior del seminario francés en Roma, y el segundo durante más de veinte años se sacrificó en las costas occidentales de Africa en calidad de vicario apostólico de la Senegambia.

El Rdo. Ignacio, después de haber perdido en corto tiempo á sus padres, fué ordenado sacerdote. Proveyó al porvenir de sus hermanos y hermanas, que todos, en número de cinco, se consagraron al Señor. Por su parte, siguiendo el consejo del P. Libermann, ayudó en su tarea de abnegacion al venerable Desgenettes, párroco de Nuestra Señora de las Victorias de París; mas al cabo de un año sintióse llama-

do á reunirse en Neuville con el Fundador de la mencionada Sociedad. Apenas hizo su profesion (17 de Marzo de 1844) tuvo que aceptar los cargos de profesor, de maestro de novicios, y algun tiempo después las funciones de superior de la casa de Nuestra Señora del Gard, cuando el P. Libermann fué á París con motivo de la fusion de la Sociedad del sagrado Corazon de Maria con la mucho más antigua del Espíritu Santo.

Al acercarse para el P. Libermann, 2 de Febrero de 1852, la hora de la eterna recompensa, uno de los primeros promovedores de la obra de los negros, el P. Federico Levavasseur, le conjuró á que manifestase su íntimo pensamiento acerca la eleccion de su sucesor, y el moribundo, volviéndose hácia el reverendo Padre Superior de Nuestra Señora del Gard, le dijo: «Me parece que sois vos quien debe sacrificarse.» Y en efecto, se sacrificó sin reserva durante su mando de treinta años.

A la muerte del P. Libermann la Congregacion no habia podido establecer todavía sino algunas estaciones en el inmenso vicariato de Dos-Guineas y de la Senegambia, y el nuevo Superior creó sucesivamente, con aprobacion y

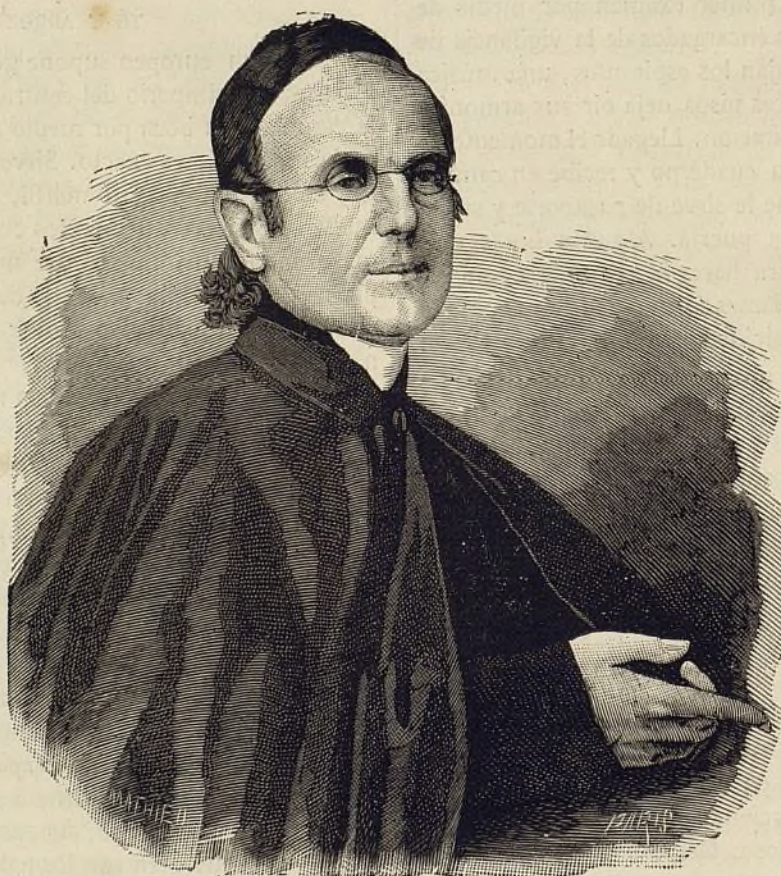
auxilio de la Propaganda, Misiones en Sierra-Leona, en el Congo, en la Cimbebasia y en Zanguebar, considerándose dichoso al ver el Africa, objeto especial de las divinas misericordias, abrirse por fin en todas partes al celo de los misioneros. Una de sus últimas decisiones administrativas fué la fundacion de varias nuevas estaciones en el interior del continente africano, tanto en el alto Ogowé, como en el Congo hácia Stanley-Pool, y en el interior de la colonia portuguesa de Mossamedes, hácia el Owampo, sin hablar de otra obra ya en vias de ejecucion en el interior del Zanguebar.

El venerable Superior general interesábase vivamente en todo lo que se relacionaba con las Misiones. Así fué que estableció en París la Obra apostólica destinada á proporcionar á los misioneros vestiduras sagradas y los ornamentos del culto; aplaudió la creacion de la excelente revista *Las Misiones católicas*, é instituyó nuevos establecimientos

en Francia, Irlanda y Roma, pues el seminario francés de este último punto es una de sus más bellas y útiles fundaciones. También la Santa Sede, que conocia su ardiente é ilustrado celo, le confió, á título de prefecto apostólico, la primera direccion de varias de las Misiones encomendadas á su Congregacion, y la experiencia demostró que Roma le habia dispensado en esto una confianza bien merecida.

Profesaba particular afecto á las Congregaciones religiosas, pues están más próximas á Dios, son más queridas de la Iglesia y auxiliares más útiles para el bien de las almas. Bajo este concepto se dedicó especialmente á la Sociedad de las Hermanas de san José de Cluny y á la de la Inmaculada Concepcion, porque ambas se consagran á las Misiones del Africa y hacen admirables sacrificios al lado de las Hijas del venerable P. Libermann.

Nunca se olvidará en esta Comunidad, y sobre todo en la casa matriz de las Hermanas de san José de Cluny, los ejercicios que les dió con extraordinario fruto durante más de veinte años. Fué para la obra de la R. M. Javouhey, esta mujer tan admirable por su celo y sus



M. Rdo. P. IGNACIO SCHWINDENHAMMER, superior general de la Congregacion del Espíritu Santo y del sagrado Corazon de Maria.